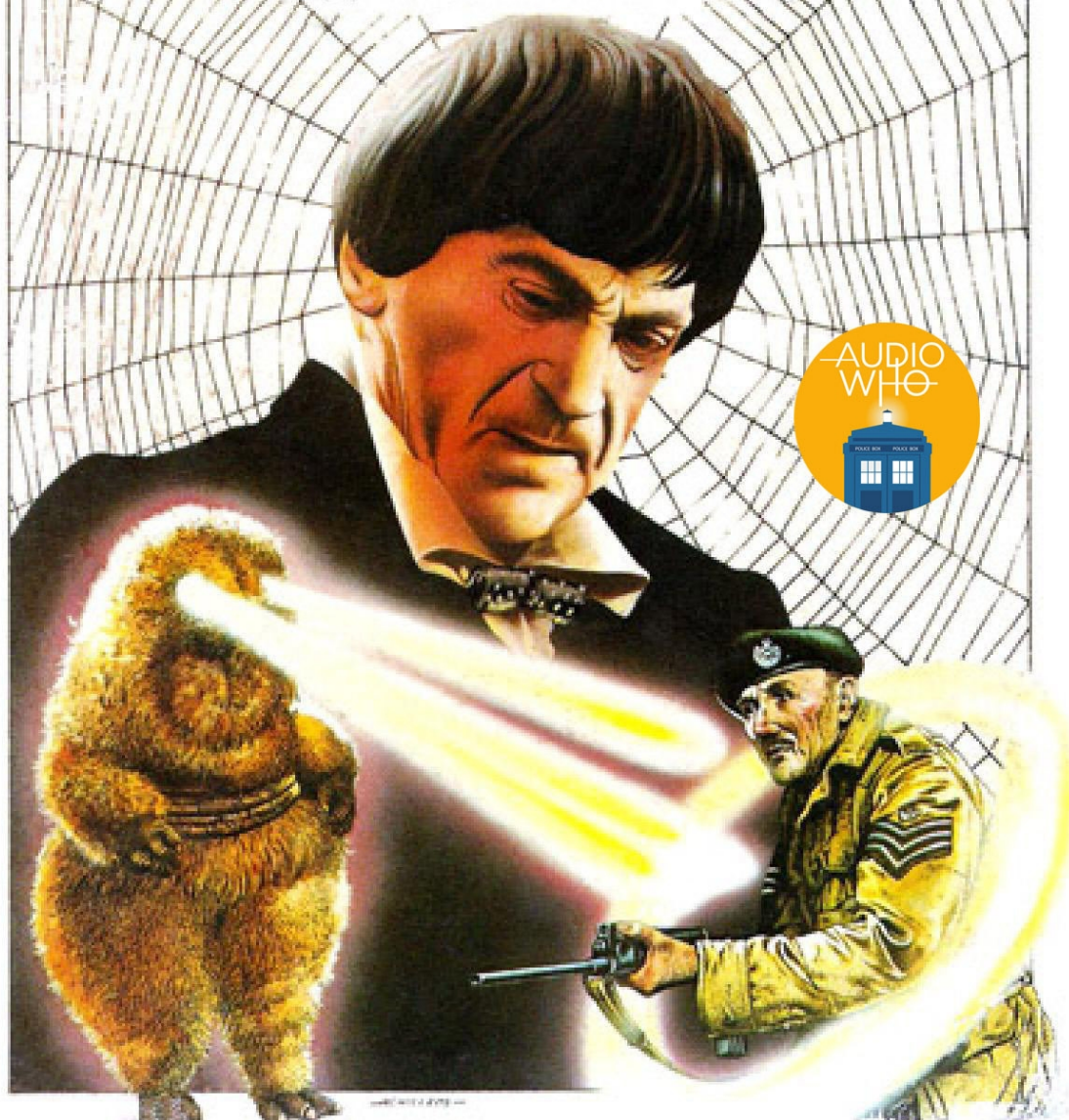


DOCTOR WHO



Y LA RED DEL MIEDO
TERRANCE DICKS



DOCTOR WHO

LA RED DEL MIEDO

Basado en el serial televisivo de la *BBC Doctor Who and the Web of Fear* de Mervyn Haisman y Henry Lincoln mediante acuerdo con la British Broadcasting Corporation

TERRANCE DICKS



publicado por
The Paperback Division of
W. H. Allen & Co. Ltd

Organización y maquetación

Organizado en Trello y maquetado por **Scnyc**.

Traducción

Traducido por **yog_sog**.

Corrección

Corregido por **Daovir**.

Portada

Portada adaptada al español por **Takhisis_eam**.

Declaración

AudioWho es una iniciativa sin ánimo de lucro dedicada a traducir audios, libros y cómics cuyos miembros whovianos y whovianas sacrifican su tiempo para que todos los hispano-parlantes puedan disfrutar del universo extendido de Doctor Who sin la barrera idiomática del inglés.

Toda la acreditación de este trabajo es para los creadores del contenido que nos ha llegado en inglés, la BBC y las empresas y autores que se encargan de crear el material. Esta comunidad respeta sus derechos de autor ya que no se lucra con sus trabajos. Doctor Who es una marca registrada perteneciente a la BBC

Todas nuestras traducciones puedes descargarla gratuitamente en nuestra web. AudioWho se mantiene gracias a sus dueños, por lo que no hay publicidad, no recibe donaciones y no se obtiene ningún beneficio con esta web y sus traducciones.

Estos trabajos pueden compartirse en webs o foros siempre que se respeten las acreditaciones de esta web, sus traductores y demás colaboradores.

Prohibida la venta o cualquier tipo de actividad con fines lucrativos de estos trabajos.

Esperamos que todas estas obras nos lleguen en español algún día de forma oficial.

***Más novelas, cómics y transcripciones de audios en
<http://audiowho.com/>***



Índice

1. El retorno del mal.....	6
2. La red en el espacio.....	12
3. El monstruo en los túneles.....	20
4. Peligro para el Doctor.....	30
5. Batalla con el Yeti.....	40
6. El terror de la red.....	50
7. Escapar de la Red.....	59
8. El regreso de los Yeti.....	73
9. ¡Secuestrado!.....	80
10. Peligro sobre el suelo.....	89
11. “Quiero tu mente”.....	96
12. La caída de la Fortaleza.....	105
13. Cautivos de la inteligencia.....	114
14. El duelo final.....	123

El retorno del mal

El enorme monstruo peludo se alzaba sobre sus patas, como para atacar. Con más de dos metros de altura, su cuerpo inmensamente ancho lo hacía parecer rechoncho y grumoso. Tenía las enormes manos de un gorila, los salvajes colmillos amarillos y los feroces ojos rojos de un oso pardo.

No había miedo en la cara del anciano de barba blanca que lo miraba, solo una curiosidad anhelante. Sabía que el monstruo no se movería. Había permanecido así, en el museo privado, durante más de cuarenta años, desde que lo había traído del Tíbet. Levantó la mano y abrió una solapa en el pecho del monstruo. Debajo había un espacio vacío, lo suficientemente grande como para contener una pequeña esfera.

La puerta se abrió y entraron dos personas. Uno era un anciano alto y elegante de pelo blanco, la otra era una joven atractiva. El hombre señaló a la melancólica figura al final del pasillo.

—Ahí está, señorita Travers. ¡Ahora, por favor, lléveselo!

Aunque su voz era culta, tenía rastros de un acento centroeuropeo. Anne Travers estaba acostumbrada a disculparse por las excentricidades de su padre.

—Lo haré lo mejor que pueda, señor Julius —sonrió y se acercó a su padre—. Hola, padre.

El profesor Travers miró a su alrededor con leve sorpresa:

—Hola Anne. Pensé que estabas en Estados Unidos.

Anne Travers suspiró:

—*Estaba* en Estados Unidos, hasta que me telegrafiaste diciendo que estabas en problemas. Se suponía que me irías a buscar al aeropuerto.

—¿Ah, sí? Pensé que era mejor venir aquí y tener otra oportunidad de hablar con Julius, aunque el viejo tonto no me escuche.

El dueño del museo marchó enojado hacia ellos:

—¿Yo, un tonto? Le gustaría que fuera un tonto, profesor Travers, ¡lo suficientemente tonto como para devolverle mi Yeti!

—*Debe* devolverlo, al menos por un tiempo. No lo entiende, esa cosa es peligrosa.

Julius extendió una mano en un gesto dramático:

—¡Cuarenta años lleva en mi museo! Ahora me dice que es peligroso, pero a Julius no se le engaña tan fácilmente.

Los dos viejos se miraron enojados el uno al otro. Travers era un tanto descuidado, con el pelo enredado y la barba tupida, mientras que Julius era alto y elegante, con su traje pulcramente cortado. Anne suspiró de nuevo. Echó un vistazo a la placa a los pies del monstruo. Decía: “Modelo de tamaño natural del Yeti, comúnmente conocido como el Abominable Hombre de las Nieves. Traído del Tíbet por el Sr. Edward Travers después de su expedición de 1935”.

Todo había sucedido mucho antes de que Anne Travers naciera. Edward Travers, con su amigo y colega Angus Mackay, había ido en busca del Abominable Hombre de las Nieves, la legendaria bestia humana que se rumoreaba vagaba por los nevados pasos del Tíbet. Meses después, Travers había regresado solo.

Mackay había sido asesinado en la expedición. Travers había contado una loca historia de falsos abominables hombres de las nieves, sirvientes robot de alguna inteligencia alienígena que planeaba apoderarse del mundo. La trama había sido frustrada por un misterioso ser conocido solo como "el Doctor". Travers había traído una extraña colección de objetos en apoyo de su historia.

Incluían la criatura enorme que ahora estaba en el museo, y una pequeña esfera plateada que, según él, una vez había controlado a la criatura y le había dado vida. Travers no había podido probar sus afirmaciones. La esfera permaneció en silencio, el Yeti se negó a moverse, y todos asumieron que Travers, desequilibrado por sus sufrimientos en el Tíbet, intentaba un elaborado fraude.

Aunque nadie creyó la historia, había creado un revuelo considerable. Como resultado, Emil Julius, un coleccionista rico, excéntrico y con su propio museo privado,

había ofrecido comprar el Yeti por una hermosa suma. Abatido, desacreditado, casi sin dinero, Travers aceptó la oferta, una acción que lamentaría el resto de su vida.

Aunque vendió el Yeti, Travers mantuvo la esfera plateada que lo controlaba, junto con otras reliquias del Yeti. Decidido a justificarse ante el mundo, había comenzado a examinar la esfera con el objetivo de descubrir sus secretos. Con increíble determinación se había embarcado en el estudio de la aún nueva ciencia de la electrónica. En cuarenta años, Travers había pasado de ser un antropólogo desacreditado a un científico de fama mundial.

Sus descubrimientos e inventos lo hicieron rico y respetado. Pero todo ese tiempo nunca perdió de vista su objetivo central: reanimar la esfera de control y devolver la vida al Yeti. Anne, ahora científica también, había crecido con las historias de las aventuras de su padre en el Tíbet. El extraño Doctor y sus dos acompañantes eran como figuras en un cuento de hadas para ella. Sabía que Travers había hecho repetidos intentos de recomprar el Yeti, pero Emil Julius era tan obstinado como el propio Travers. Cuanto más decidido estaba Travers por recuperar el Yeti, más decidido estaba Julius por conservarlo, convencido de que era el dueño de algo valioso y único. Al mirar a los dos viejos enojados, Anne vio que su disputa no había perdido nada de su amargura, aunque ambos ya tenían setenta años. Llevando a su padre a un lado, dijo en voz baja:

—Sabes que el Sr. Julius no venderá el Yeti. ¿Por qué tanta urgencia?

Travers bajó la voz:

—Lo he *logrado*, Anne. Por fin he reactivado la esfera de control. ¡Comenzó a dar señales de nuevo!

—Esa es una noticia maravillosa, padre —dijo Anne con dulzura.

—Lo sería, excepto por una cosa. La esfera de control ha desaparecido —se volvió enojado hacia Julius—. ¿No lo entiendes?, tratará de regresar al Yeti, y si no estoy cuando lo haga... Oh, hazle entender, Anne.

Julius lo interrumpió:

—Entiendo perfectamente bien. Intenta asustarme, recuperar su Yeti. Bueno, no tiene precio, es el único en el mundo, ¡y es mío!

Anne tomó el brazo de su padre:

—Mejor nos vamos. Tal vez guardaste la esfera en algún lugar y olvidaste dónde, ya sucedió antes.

—Te digo que he mirado...

—Pues volveremos y miraremos de nuevo. Sabes que siempre encuentro tus cosas.

Suavemente ella se lo llevó. Julius los acompañó hasta la puerta principal y la cerró detrás de ellos. Se detuvo por un momento, temblando de rabia.

—Nadie destruye la colección de Emil Julius, nadie.

Todavía gruñendo infantilmente para sí mismo, comenzó a cerrar y asegurar la puerta. En el pasillo vacío, el Yeti permanecía inmóvil, rodeado de máscaras del diablo, momias, huesos de dinosaurios y todas las demás rarezas de la colección de Julius. Luego, una débil señal, una especie de pitido electrónico, perturbó el silencio.

Parecía venir de fuera de la ventana. De repente, el cristal se hizo añicos, roto por el impacto de una esfera plateada. Era como si la esfera hubiera sido arrojada a la ventana desde la calle. Pero el misil plateado no cayó al suelo. Se cernía en el aire. Luego flotó lentamente hacia el Yeti y desapareció en la zona aún abierta en el pecho de la criatura. Inmediatamente la bola se posó sobre él.

Alarmado por el ruido de los cristales rotos, Julius entró en la habitación. Se detuvo al ver la ventana rota, el cristal en el suelo. ¿Estaba el viejo tonto de Travers tan loco como para tirarle ladrillos por la ventana? Julius miró hacia afuera. La calle de abajo estaba en silencio y desierta.

Julius decidió llamar a la policía. Al salir del pasillo, se detuvo para mirar de nuevo a su amado Yeti. Lo miró con orgullo. Los ojos del Yeti se abrieron y miraron a los suyos refulgiendo en color rojo. El horrorizado Julius retrocedió un paso. El Yeti se bajó de su peana y lo siguió. Sus rasgos se volvieron borrosos y brillantes ante sus ojos horrorizados, volviéndose aún más feroz y salvaje que antes. Con un rugido repentino y demoledor, el Yeti le aplastó el brazo con un golpe salvaje...

El misterioso y brutal asesinato de Emil Julius, junto con la desaparición del orgullo de su colección, causó una tremenda sensación. Debido a su asociación pasada, el profesor Travers estuvo bajo sospecha brevemente, pero la coartada proporcionada por su hija, más la horrorizada insistencia de Travers de que se debía encontrar al Yeti, convenció a la policía de su inocencia. El asesinato nunca fue resuelto, y al Yeti nunca lo encontraron.

En las semanas que siguieron, la historia fue sacada de los titulares por un misterio aún más extraño. Parches de niebla comenzaron a aparecer en el centro de Londres. A diferencia de cualquier niebla natural, se negaban a dispersarse. Más y más parches aparecieron, uniéndose unos con otros. Lo más aterrador de todo es que las personas que pasaron algún tiempo en los parches de niebla fueron encontradas muertas, con el rostro cubierto de telarañas. El centro de Londres fue acordonado. Todavía era posible viajar en el metro subterráneo, hasta que una extraña sustancia parecida a una telaraña comenzó a extenderse bajo tierra, bloqueando completamente los túneles. Era como una bruma resplandeciente que se solidificaba, y los que entraban nunca más eran vistos. La combinación de niebla arriba y telaraña abajo se conoció como la Red. Lentamente se extendió.

Luego reapareció el Yeti, no solo uno, sino hordas de ellos, deambulando por las calles brumosas y los túneles con telarañas, matando sin piedad a cualquiera en su camino. El centro de Londres estaba atrapado en una red de miedo...

2

La red en el espacio

Dentro de la sala de control de esa misteriosa nave espaciotemporal conocida como la TARDIS, se desataba una furiosa discusión entre dos figuras muy diferentes. Uno era un hombre pequeño con el pelo negro desordenado y una cara amable y humorística. Llevaba pantalones holgados de cuadros y una raída levita. Elevándose sobre él había un joven musculoso vestido de escocés de las tierras altas, con falda escocesa. El hombre más pequeño era ese conocido viajero en el espacio y el tiempo llamado el Doctor. El otro, cuyo nombre era Jamie, había sido su compañero de viaje desde la visita del Doctor a la Tierra en el momento de la rebelión jacobita.

Por lo general, los dos eran los mejores amigos. Sin embargo, las disputas ocasionales eran inevitables, y esta se refería a los deberes de Jamie como asistente del Doctor. En gran parte para mantenerlo ocupado, el Doctor le había asignado a Jamie una o dos tareas simples relacionadas con el funcionamiento de la TARDIS. El hecho de que Jamie careciera por completo de conocimientos tecnológicos lo hizo más decidido a llevarlas a cabo correctamente.

—Verás, Doctor —dijo obstinadamente—. Me dijiste que vigilara ese panel de control y te avisara si una luz parpadeaba. ¡Bien, brilló!

Jamie cruzó los brazos desafiante. El Doctor trató de ser paciente:

—Si esa luz hubiera parpadeado, significaría que hemos aterrizado. Y todavía estamos viajando.

—Sí, bueno, puede que sea eso. Pero sé lo que vi, ¡y esa luz brilló!

—Oh, en serio, Jamie...

Fueron interrumpidos por la apertura de la puerta de la zona de habitaciones de la TARDIS. Una chica pequeña y morena entró en la sala de control. Se llamaba Victoria y era la otra compañera de viaje del Doctor. Rescatada del Londres del siglo XIX durante una aterradora aventura con los Daleks, Victoria se unió al Doctor y a Jamie en sus viajes.

Por lo general, llevaba los vestidos largos y tupidos de su época, pero eran engorrosos y poco prácticos durante las aventuras vigorosamente activas en las que el Doctor tendía a involucrarla. Mientras hurgaba entre los armarios de ropa de la TARDIS, Victoria había encontrado una chaqueta y unos pantalones lo suficientemente pequeños como para que le quedaran bien. Ahora, muy atrevida, llevaba el atuendo por primera vez. Indecisa, miró a Jamie.

—¿Te gusta?

—¿El qué?

—Encontré esta ropa en un armario. Creo que me queda bien, ¿no?

El Doctor sonrió:

—Mucho. ¿No estás de acuerdo, Jamie?

Jamie miró brevemente a Victoria y dijo:

—Sí, muy bonito. Bueno, Doctor, no soy tonto, vi lo que vi.

Victoria miraba por encima del hombro.

—¿Por qué parpadea esa luz? —preguntó inocentemente. El Doctor se dio la vuelta, pero el parpadeo se había detenido:

—¿Me estáis tomando el pelo?

Jamie sonrió a Victoria:

—¿Lo ves? ¡No escuchará!

El Doctor estaba mirando la consola de control. El movimiento de la columna central se estaba ralentizando.

—Bueno, bendito sea —dijo—. ¡Parece que estamos aterrizando! —sus manos parpadearon sobre los interruptores mientras revisaba el procedimiento de aterrizaje automático— Todo parece ir sin problemas. Averigüemos dónde estamos —el Doctor encendió el escáner. Solo vio la oscuridad del espacio, quebrada por una dispersión de estrellas. Victoria podía ver que estaba preocupado:

—¿Qué ha pasado?

—Algo muy extraño. ¡Estamos fuera del Vórtice espacio-tiempo, pero estamos suspendidos en el espacio! —el Doctor comenzó a ejecutar una serie de controles rápidos murmurando para sí mismo— Sin gravedad, con energía, control y vuelo correcto...

Jamie lo miró sombríamente:

—No tiene sentido. Hemos aterrizado y, sin embargo, ¿no hemos aterrizado?

Victoria miró el escáner. Una curiosa telaraña se arrastraba sobre la pantalla, una especie de niebla sólida.

—Mira, Doctor. Es como una telaraña.

El Doctor lo miró:

—Fascinante. Eso es lo que nos retiene aquí, pero ¿por qué?

Miró el escáner, perdido en sus pensamientos. Enojado, Jamie estalló:

—Bueno, no puedes quedarte ahí, Doctor. ¡Haz algo!

El Doctor pareció comprender. Le sonrió a Jamie.

—Práctico como siempre, muchacho. Y con toda la razón, también.

El Doctor abrió un casillero y comenzó a hurgar dentro. Sacó una pequeña caja roja, sopló una capa de polvo y sacó un kit de herramientas electrónicas. Con los dedos trabajando rápidamente, el Doctor comenzó a conectar la caja a la consola, mientras Victoria y Jamie miraban.

—¿Para qué sirve eso, Doctor? —preguntó Victoria. El Doctor siguió trabajando.

—Es un potenciador de energía —señaló un botón en la tapa—. Cuando se presiona esto, la potencia total de la TARDIS se canaliza en una oleada masiva. Debería ser suficiente para liberarnos de lo que sea que nos retiene y llevarnos a otro lugar. Eso *si* todo sale según lo planeado.

—¿Y si no es así?

—La TARDIS probablemente explotará —dijo alegremente el Doctor. Terminó su trabajo, cerró la tapa de la caja y los miró—. ¿Todos listos? ¡Entonces, agarraos fuerte!

Jamie y Victoria se asieron firmemente al borde de la consola central, y el Doctor presionó el botón. Hubo un repentino aumento de ruido electrónico cuando la columna central comenzó a moverse de nuevo, lentamente al principio y luego con mayor velocidad. Con un último grito de energía, la TARDIS se sacudió, vibró y giró. El Doctor y sus compañeros fueron enviados volando a través de la sala de control. Entonces el ruido y el movimiento se cortaron. Todo estaba tranquilo y quieto.

El Doctor se puso de pie y fue a la consola de control. Jamie ayudó a Victoria a ponerse de pie. Ambos fueron sacudidos y estaban magullados pero por lo demás estaban ilesos. El Doctor levantó la vista de sus instrumentos.

—Bueno, funcionó. Hemos aterrizado, realmente aterrizamos esta vez.

—Supongo que no sabes dónde —preguntó Jamie—. O *cuándo*, tampoco.

El Doctor sacudió la cabeza.

—Me temo que el área de lecturas es un poco errática —acarició la consola con cariño—. La pobre vieja chica está algo conmovida.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Victoria. El Doctor se frotó la barbilla.

—Es demasiado pronto para despegar. Hemos eludido a nuestro captor por el momento, pero no quiero quedarme atrapado en esa Red nuevamente. Veamos dónde hemos aterrizado —ajustó los controles en el escáner. Vieron oscuridad y la vaga forma de un techo arqueado—. Parece que estamos dentro de algún sitio. Tengo la sensación de que estamos bajo tierra —miró de nuevo los instrumentos—. El indicador de atmósfera parece estar funcionando. Hay aire ahí fuera... ¿Y si echamos un vistazo?

Jamie se movió ansiosamente hacia las puertas. Victoria se echó atrás.

—¿Crees que es seguro?

—¡No debería pensar eso ni por un momento! —sonriendo con feliz anticipación, el Doctor abrió las puertas de la TARDIS. Se abrieron para revelar nada. Solo negrura siniestra— Esperad —dijo el Doctor—. Vamos a necesitar esto.

Abrió un casillero y sacó un par de linternas grandes, entregándole una a Jamie y quedándose la otra. Encendiendo las linternas, salieron de la TARDIS.

El aire afuera era húmedo y frío, una sensación extraña de muerte. El Doctor cerró la puerta de la TARDIS, que parecía desde el exterior como una vieja cabina de policía. Barrió hacia un lado con el haz de su linterna. Revelaba un largo pasillo embaldosado de techo arqueado. Jamie apuntó su linterna en la otra dirección.

—Hay una abertura aquí, Doctor. Parece ser una escalera que lleva hacia abajo.

Jamie, ansioso, corrió hacia adelante. Los otros lo siguieron, Victoria cuidando de mantenerse cerca del Doctor.

—Si hay una escalera, debe conducir a alguna parte —acordó el Doctor—. Vamos.

Los escalones los bajaron progresivamente en la oscuridad. Se preguntó Victoria lo que les esperaba esta vez. Quizás estaban en la guarida de un monstruo subterráneo.

Jamie se adelantó ansiosamente, y Victoria pudo ver su linterna balanceándose delante de ellos. Su voz flotó.

—He llegado al final de los escalones. Hay otro arco, parece dar paso a una especie de túnel largo.

—Espera, Jamie —gritó el Doctor—. Vamos hacia allí.

Tomó la mano de Victoria y la condujo por las escaleras. Encendiendo su linterna, el Doctor los guio con cautela a través del arco. Victoria miró a su alrededor con asombro. El arco conducía a través de un corto pasillo que estaba en ángulo recto a un largo túnel con paredes de azulejos y un techo curvo. Estaban parados en una plataforma elevada que corría paralela al túnel. Donde la plataforma terminaba, el túnel se estrechaba y desaparecía en la oscuridad. En una caída.

Victoria vio que algo sucedía en el otro extremo. Las paredes del túnel estaban empapeladas con avisos brillantemente cubiertos. Estaban escritos en inglés, pero Victoria no podía entenderlos. Jamie miró a su alrededor con curiosidad:

—¿Por qué el suelo se cae así?

—Ten cuidado, Jamie, no te acerques demasiado —advirtió el Doctor. Con el resplandor de la linterna del Doctor, Victoria vio un gran aviso en la pared detrás de ella, y esto era algo que podía entender.

—Doctor, mira —llamó. El Doctor pasó la luz por el aviso. Lentamente, Victoria leyó en voz alta—. Dice “Covent Garden”.

Jamie no estaba impresionado:

—¿Ah, sí? ¿Y qué es eso?

—Es un mercado —dijo Victoria entusiasmada—. Un lugar donde venden verduras, frutas y flores...

Jamie miró a su alrededor y olisqueó:

—Un mercado un tanto extraño.

El Doctor sonrió.

—No estamos en el mercado —explicó—. Aunque debemos estar muy cerca. Estamos en una estación de metro.

—Una estación —dijo Victoria incrédula—. ¿Trenes? ¿Aquí? ¿Qué pasa con todo el vapor y el humo?

—Estos son trenes eléctricos. Un poco después de tu tiempo, Victoria, y mucho después del de Jamie.

Brevemente, el Doctor explicó el funcionamiento del sistema de trenes subterráneos de Londres. Jamie estaba acostumbrado a maravillas científicas desde que comenzó a viajar con el Doctor. Para él, un tren era como una nave espacial, solo otra de las maravillas futuras que daba por sentado. Pero su mente práctica fue rápida en detectar un fallo en la explicación del Doctor.

—Si este lugar es una estación, ¿por qué está todo oscuro y vacío?

—Probablemente sea media noche —respondió alegremente el Doctor—. Vamos arriba. Habrá mucha actividad allí.

Un largo ascenso por interminables tramos de escaleras los hizo resoplar y agotarse, hasta llegar a una sala de billetes silenciosa y vacía. El Doctor miró a su alrededor a la taquilla abandonada del cobrador, las máquinas de billetes abandonadas. No había un alma a la vista. Había una rejilla de hierro en la entrada de la estación. Afuera, en la calle, era de día.

Sin embargo, era un tipo extraño de luz diurna. Tenía una calidad brillante perlada, y briznas de niebla parecían colgar inmóviles en el aire. Jamie cruzó hacia la reja de metal e intentó abrirla, pero se cerró rápidamente:

—Parece que estamos encerrados.

El Doctor frunció el ceño.

—Es todo muy extraño —admitió.

—¡Escucha! —dijo Victoria. Ellos escucharon. Después de un momento, Jamie habló:

—No puedo escuchar nada.

—Exacto —dijo Victoria triunfante—. ¡Y Covent Garden está justo en el medio de Londres!

Jamie estaba mirando por la reja de hierro:

—¡Mira, Doctor, hay alguien allí! —acurrucado contra la puerta de la estación había un vendedor de periódicos, aparentemente dormitando junto a su pequeño puesto de periódicos. Jamie estiró un brazo a través de la rejilla y le tocó el hombro— Oiga, señor, ¿podría decirnos qué está pasando? —el hombre no respondió. Jamie lo sacudió por el hombro. La forma acurrucada rodó hacia atrás, aterrizando a sus pies. Victoria saltó hacia atrás y gritó. La cara muerta y quieta estaba cubierta de telarañas grises— ¿Lo habéis visto? —preguntó Jamie—. Como esas cosas del escáner.

El Doctor miró por la rejilla. La caída del cuerpo había revelado una pancarta en el quiosco. En letras mayúsculas se veía: "PÁNICO A LA NIEBLA ASESINA: ¡LOS LONDINENSES HUYEN!"

3

El monstruo en los túneles

El Doctor los alejó de la rejilla, cruzó la sala de billetes y bajó las escaleras. Ahora, mientras descendían, Victoria preguntó:

—¿Qué vamos a hacer, volver a la TARDIS?

—No tiene sentido. Si despegara nuevamente, podríamos encontrarnos fácilmente atrapados en esa Red otra vez. El aumento de potencia podría no funcionar por segunda vez. De todos modos, estoy convencido de que lo que está sucediendo en Londres está conectado con lo que nos sucedió. Tenemos que averiguar qué está pasando, aunque solo sea por nuestra propia seguridad.

—Entonces, ¿a *dónde* vamos? —Victoria se dio cuenta de que el Doctor ya había hecho su plan. Como siempre, no se había molestado en decirles nada al respecto.

—¿No te lo dije? Vamos a caminar a través de los túneles a otra estación, y así llegar a la superficie.

—Si queremos llegar a la superficie, ¿por qué no simplemente lo hacemos por la rejilla? —Jamie siempre estaba a favor de la solución directa.

—Porque no quiero llegar a *esa* superficie —dijo el Doctor irritado—. Esta estación está en el corazón de todos los problemas. No queremos terminar como ese pobre vendedor de periódicos. Atravesaremos los túneles hasta llegar a una estación abierta, con gente dispuesta a contarnos qué está sucediendo —ya habían regresado a la plataforma, y antes de que el Doctor pudiera detenerlo, Jamie había saltado a la vía—. ¡No te muevas! —gritó el Doctor—. Hagas lo que hagas, no toques esos railes.

Jamie se congeló, un pie en el aire. El Doctor saltó a su lado, sacó un pequeño medidor de su bolsillo y tocó con cautela uno de los raíles. La aguja en el dial ni siquiera parpadeó, y el Doctor suspiró aliviado.

—Muy bien, Jamie, no hay electricidad. Puedes relajarte.

Jamie bajó el pie:

—¿Por qué tanto alboroto?

—Te dije que estos eran trenes eléctricos —dijo el Doctor reprobando—. Si hubiera habido corriente en esos raíles, ya estarías muerto —el Doctor ayudó a Victoria a bajar a la vía—. Deberíamos estar bien seguros. Sin embargo, es mejor no tocar los raíles, ¡alguien podría encenderlos de nuevo!

Caminando cuidadosamente entre los raíles, partieron a lo largo del túnel. De repente, el Doctor se agachó y pasó un dedo por la barandilla.

—Pensé que habías dicho de no tocar nada —Victoria lo miró en la oscuridad. El Doctor levantó el dedo. Estaba cubierto de polvo.

—Solo confirmaba una teoría. Estos raíles no se han utilizado durante algún tiempo.

Continuaron a lo largo del túnel, iluminando su camino con las linternas. Jamie, como siempre, estaba adelantado.

—¡Oye, mirad esto! —gritó, iluminando con su linterna. Habían llegado a un cruce donde el túnel se dividía en dos, formando una Y mayúscula. En el centro del cruce había una pesada bobina de cable eléctrico. Un trozo de cable conducía desde allí al túnel de la izquierda, desapareciendo en la oscuridad. La bobina estaba casi vacía. El Doctor la examinó pensativamente:

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —pasó el dedo por la parte superior. No había polvo. Con espeluznante brusquedad, una hilera de tenues luces de trabajo se encendió en el túnel. Los tres compañeros se miraron alarmados. Oyeron pasos moviéndose hacia ellos desde el túnel de la izquierda— Rápido —susurró el Doctor—. ¡Esconderos!

Los condujo a un recoveco. Esperaron en silencio. El fuerte crujido de las botas se acercaba cada vez más. Aparecieron tres soldados, con unas ametralladoras colgadas sobre sus hombros, todos mirando alrededor con cautela continua. Dos llevaban una bobina de cable entre ellos, con un poste atravesando su centro. El tercero levantó la bobina casi vacía y partieron por el túnel de la derecha, dejando el cable detrás de sí. El Doctor miró a los soldados:

—Me pregunto qué están haciendo aquí abajo.

Jamie resopló:

—¡Siempre podrías haber salido y preguntarles!

—¿Y recibir un disparo por accidente? —el Doctor sacudió la cabeza— Esos hombres estaban preparados para disparar a todo lo que se moviera. Incluso si no nos dispararan, probablemente nos habrían encerrado en algún lugar bajo sospecha general. Creo que debemos caminar con mucho cuidado hasta que sepamos lo que está sucediendo.

Jamie asintió, recordando la tensa tensión de los soldados:

—Sí, quizás tengas razón. ¿Así que, qué hacemos?

—Tú y Victoria seguid a los soldados, pero mantened la distancia. Quiero saber qué hay al otro lado de este cable. Nos encontraremos aquí en unos quince minutos.

—Vale.

Tomando a Victoria de la mano, Jamie la condujo detrás de los soldados. El Doctor comenzó a moverse por el túnel de la izquierda, siguiendo el curso del cable.

Los dos soldados que llevaban la bobina llena eran el cabo Blake y el soldado Weams. El que tenía la bobina casi vacía era un tipo viejo y duro llamado sargento Arnold. De repente, Weams se detuvo y Blake le imitó:

—¿Qué pasa?

Weams era el más joven y nervioso de los tres:

—Creo que oí algo, Cabo.

Todos escucharon. Arnold dijo amenazadoramente:

—Se está poniendo un poco nervioso, ¿verdad, muchacho?

Aunque Arnold era un hombre amable, odiaba a cualquiera que lo supiera, y siempre hablaba con la ferocidad de un sargento de instrucción en la plaza del cuartel. Weams se sonrojó:

—No hay duda, ¿verdad, Sargento?

Antes de que el Sargento pudiera responder, el cabo Blake intervino diplomáticamente:

—Estamos casi sin cable, Sargento. ¿Conecto la nueva bobina? —Arnold asintió, pasándole su bobina y el Cabo se puso a trabajar.

Más abajo en el túnel, ocultos por su curva, Jamie apretó el brazo de Victoria:

—Han dejado de moverse. Puedo escucharlos hablar. Solo tendremos que esperar.

Victoria asintió mansamente. En voz muy baja, susurró:

—Oh, Jamie, no me gusta esto.

Mientras tanto, el sargento Arnold decía:

—Así que no te gusta esto, muchacho. Bueno, ni a mí ni al cabo Blake. Pero es un trabajo y hay que hacerlo.

Weams asintió con la cabeza:

—¿Cree que esto funcionará, Sargento?

—Por supuesto que funcionará, ¿no es así, Cabo?

Blake no respondió. Arnold se inclinó sobre él y siseó en su oído:

—¡Cabo Blake!

—Lo siento, Sargento, estaba escuchando.

—Entonces, debería haberme escuchado hablar con usted —dijo Arnold en un susurro espeluznante.

Detrás de ellos, en el túnel, Jamie susurró:

—Parece que se han ido en silencio, creo que han seguido adelante. Les daremos uno o dos minutos y luego los seguiremos.

Victoria se acercó a él. Algo sedoso le rozó la cara. Ella dio un grito, sofocándolo con la mano.

Más arriba en el túnel, los soldados que escuchaban se miraron. El sargento Arnold descolgó su ametralladora, quitó el seguro y retrocedió con precaución por el túnel.

Jamie y Victoria estaban aplastados contra la pared. Victoria se acariciaba el pelo frenéticamente. Jamie la miraba con reproche:

—Oh, niña, es solo una telita de araña.

—Lo siento, Jamie. ¿Crees que lo oyeron?

—Bueno, quizás no. Todo parece tranquilo otra vez. Venga —se movieron a lo largo del túnel. Cuando doblaron la curva, los soldados no estaban a la vista. Jamie se volvió hacia Victoria—. Deben estar bien adelantados ya. Mejor será que recuperemos terreno.

De repente, dos soldados llegaron corriendo por el túnel, con las armas listas. Jamie y Victoria se dieron vuelta para huir, pero el sargento Arnold salió de un hueco detrás de ellos.

—Bueno, ver para creer. ¡Las Chicas en el Bosque!

Su ametralladora apuntaba a un punto exactamente entre ellos. Jamie y Victoria levantaron las manos.

Harold Chorley tocó los mandos de su grabadora y habló en los tonos profundos y suaves que reservaba para sus momentos profesionales:

—Y finalmente, Capitán Knight, ¿cómo resumiría sus sentimientos personales sobre su difunto oficial al mando?

El alto y joven oficial al otro lado de la mesa no tenía nada de la pulida suavidad de Chorley. Su voz era incómoda y casi dolorosamente sincera cuando respondió.

—Er... bueno... el coronel Pemberton era un hombre muy valiente, de eso no hay duda. Dio su vida por su país. Estoy orgulloso de haber servido bajo sus órdenes — Chorley apagó la grabadora y Knight pareció inseguro—. ¿Va todo bien?

Chorley asintió con la cabeza:

—Cosas de Sterling, Capitán. Hablas entre comillas.

Había una ventaja en la voz del Capitán Knight cuando respondió:

—No solo son citas. Lo digo en serio.

Chorley sonrió vagamente, pero no dijo nada. Era un hombre de aspecto impresionante con una cara severa y hermosa, y una voz profunda y melodiosa. También era extremadamente fotogénico. En televisión daba la impresión de un hombre sincero, sabio y responsable. Desafortunadamente, su aspecto era engañoso.

Chorley era débil, vanidoso y en realidad bastante estúpido. Pero las apariencias cuentan mucho en la vida pública. La voz y apariencia de Chorley, junto con cierta astucia natural, le habían permitido establecerse como uno de los entrevistadores y reporteros más conocidos de la televisión. Tenía otro atributo útil para el éxito: tuvo mucha suerte. Cuando estalló la crisis actual, había persuadido hábilmente a un impresionante funcionario gubernamental de que era el hombre que mejor podía manejar la cobertura oficial... para disgusto de sus colegas. Cuando Knight se alejó, Chorley, bastante descarado, encendió su grabadora y comenzó a hablar.

—¡Esa fue una entrevista con el Capitán Knight, el joven oficial temporalmente al mando de la Unidad Especial después de la trágica muerte de su comandante en jefe, el coronel Pemberton, en un ataque del Yeti! —Chorley hizo una pausa, dando forma a sus pensamientos— Les hablo desde la sala de operaciones. Ahora estoy en el corazón de la Fortaleza Subterránea, cerca de la estación de Goodge Street. Construido como cuartel general secreto del gobierno durante la Segunda Guerra Mundial, la Fortaleza se ha reactivado para convertirse en el hogar de la Unidad Especial, la fuerza mixta militar y científica creada para buscar una respuesta a la crisis que ha convertido al centro de

Londres en un desierto de miedo —feliz por su última frase Chorley miró alrededor de la habitación—. Esta sala de control, vacía durante más de treinta años, ahora está equipada con los equipos electrónicos, científicos y de comunicaciones más modernos. Un mapa iluminado muestra todo el sistema del metro de Londres. Otras partes de la Fortaleza contienen salas de descanso y recreo, barracones, una cantina y una cocina totalmente equipada, así como un laboratorio especial en el que uno de los principales científicos del país trabaja día y noche para encontrar una respuesta al terror que se acerca cada vez más.

Temporalmente sin más que decir, Chorley apagó la grabadora y miró con esperanza alrededor para obtener más “material”. Al otro lado de la habitación, el capitán Knight estaba de pie junto a un elaborado montaje de comunicaciones, mirando por encima del hombro del cabo Lane, mientras el joven cabo hablaba por su micrófono.

—Hola, hola. Otra vez, ¿me escuchan? —Lane levantó la vista preocupado— No va bien, no puedo comunicar con ellos, señor.

Knight miró su reloj:

—Ese camión de suministros tenía que haber llegado hace veinte minutos.

Lane hizo todo lo posible por sonar alegre:

—No se preocupe, señor. Podría ser solo una avería. Nunca hemos tenido problemas en Holborn antes.

Knight asintió con la cabeza:

—Espero que tenga razón, Cabo. Siga intentándolo.

Se apartó de allí mientras la figura corpulenta del profesor Travers entraba en la habitación.

—Ahí está, Knight. ¿Ese medidor todavía funciona correctamente?

—Su hija lo está revisando ahora, señor.

Travers gruñó:

—Será mejor que se mueva. Debe poder medir el alcance de la explosión.

Al otro lado de la habitación, Harold Chorley vio su oportunidad y encendió la grabadora.

—Estoy a punto de hablar con el profesor Edward Travers. Junto con su hija Anne, una distinguida científica también, él es responsable del lado científico de las cosas aquí —agarrando su grabadora, Chorley cruzó la habitación—. Profesor Travers —comenzó acusadoramente—, hasta ahora no parece tener mucho éxito. ¿Cuánto tiempo cree que le llevará encontrar una respuesta? —Travers, estudiando atentamente una fila de complejos diales, respondió solo con un gruñido. Imprudentemente, Chorley siguió adelante— ¿Una semana, quizás? ¿Dos semanas? ¿Tres semanas?

Travers se dio la vuelta.

—Es más que probable que no podamos vencer esta amenaza —retumbó—. En cuyo caso Londres, tal vez toda Inglaterra, será completamente aniquilado.

A toda prisa, Chorley apagó la grabadora.

—¡En serio, Profesor! —farfulló. Una joven atractiva entró en la sala de operaciones, con una pieza compleja de equipo en la mano. Olvidando a Chorley de inmediato, Travers se volvió hacia ella:

—Ahí estás, Anne. ¿Ese medidor de explosiones funciona ya?

Ella asintió:

—Lo conectaré al circuito.

—Déjeme ayudarle —dijo el capitán Knight apresuradamente. Podría haber enviado fácilmente un técnico, pero agradecía cualquier oportunidad de trabajar con Anne Travers. Anne sonrió.

—Está bien, Capitán —dijo suavemente—. Puedo hacerlo sola.

Travers se apresuró a decir:

—Estaré en mi laboratorio. ¡Hazme saber cómo van las cosas!

Anne se movió hacia una consola de instrumentos separada en una esquina. El panel estaba dominado por un gran reloj y un botón rojo de actuación. Knight la siguió y Chorley corrió tras ellos.

—Capitán Knight, me temo que debo protestar. El profesor Travers está siendo obstructivo y reservado. Señorita Travers, ¿quizás pueda ayudarme?

Anne ya había comenzado a trabajar:

—Me temo que estoy un poco ocupada en este momento.

Chorley estaba indignado. Por lo general, las personas querían hablar con él.

—Debo insistir. El público tiene derecho a ser informado...

Se interrumpió cuando el Capitán Knight lo tomó del brazo con un doloroso agarre y lo condujo hacia la puerta.

—Me temo que la señorita Travers está demasiado ocupada para hablar en este momento, señor Chorley —dijo Knight con cortés diplomacia—. Nos acercamos a una parte importante de nuestra operación.

Chorley liberó su brazo con un tirón enojado:

—Al menos, podría decirme qué está haciendo.

—Muy bien, señor Chorley, si eso le mantiene callado. Estamos planeando destruir ciertas áreas del sistema de metro para detener el avance de la Red. Estamos a punto de volar la estación de Charing Cross.

El Doctor siguió el rastro del cable durante lo que pareció un camino interminablemente largo. Por fin, el túnel se abrió a la plataforma de una estación. Las luces de emergencia brillaban tenuemente. El Doctor miró el cartel en la pared. Decía: "Charing Cross".

El cable dejaba las vías y subía a la plataforma. Terminó en una pequeña caja de metal, que estaba al pie de una pila de cajas de madera. El Doctor se dio cuenta de que el cable no conducía a una red de comunicaciones como esperaba, sino al dispositivo

detonante para una pila extremadamente grande de alto explosivo. Estaba a punto de subir a la plataforma para mirar de cerca, cuando escuchó el sonido de un paso pesado.

A toda prisa, el Doctor se agachó por debajo del nivel de la plataforma. Los pasos se acercaban cada vez más. Entonces silencio. Lentamente, el Doctor levantó la cabeza. Vio dos enormes patas peludas y con garras, y rápidamente se dejó caer nuevamente, estirando la cabeza hacia atrás al mismo tiempo. Él ya sabía lo que vería. Elevándose sobre él estaba la forma gigante de un Yeti.

Peligro para el Doctor

Los pies del Yeti estaban a centímetros de la cabeza del Doctor, pero por suerte para el Doctor la criatura no miró hacia abajo. En cambio, se alejó a través de la plataforma. Después de unos momentos, el Doctor se arriesgó a mirar con cautela y vio que el Yeti estaba de pie junto a la pila de explosivos. Un segundo Yeti apareció desde las sombras del arco de la plataforma. Flanqueando la pila de cajas, los dos Yeti se quedaron de pie, en guardia.

Durante bastante tiempo no pasó nada. El Doctor esperó. Podría ser peligroso moverse con un Yeti tan cerca y, de todos modos, quería ver qué estaban haciendo. Para ser más precisos, quería descubrir los planes de la Gran Inteligencia que los controlaba. Los Yeti, en sí mismos, no eran más que robots sin cerebro, controlados por impulsos recogidos por la esfera enclavada en sus unidades del pecho.

Incongruentes, en el escenario del metro de Londres, el Doctor no sintió gran sorpresa al ver al Yeti nuevamente. Desde que esa misteriosa Red había mantenido la TARDIS suspendida en el espacio, el Doctor sospechaba que la Gran Inteligencia había regresado para atacarlo.

Exiliada de alguna otra dimensión, la Inteligencia era una entidad maligna sin cuerpo, condenada a flotar eternamente entre las estrellas, ansiando por siempre forma y sustancia. Poseía el poder de controlar a sirvientes humanos, que se volvían totalmente subordinados a su voluntad, con sus propias personalidades completamente absorbidas. Los Yeti proporcionaban la fuerza bruta y el terror, los títeres humanos supervisaban y controlaban sus acciones. Así fue como la Gran Inteligencia había operado en el Tíbet, y el Doctor estaba seguro de que se repetiría el mismo patrón.¹

El pitido electrónico de una señal Yeti interrumpió sus reflexiones. Provenía de la oscuridad del túnel. El Yeti que custodiaba los explosivos respondió a la señal, luego apareció un tercer Yeti sosteniendo un dispositivo rechoncho y de cañón ancho con forma de pistola. Se dirigió directamente a la pila de cajas, y los otros dos se movieron para

¹ Hechos acontecidos en “Doctor Who and the Abominable Snowmen”, segundo serial de la temporada 5.

dejarle paso. El Yeti apuntó el dispositivo a las cajas y disparó. Una fina neblina salió del cañón y el Doctor vio gruesas telarañas comenzando a formarse en las cajas...

En la sala de operaciones, Anne Travers estaba completando sus comprobaciones finales, con el capitán Knight todavía de pie junto a ella. Mientras observaba los delgados dedos que revisaban hábilmente los terminales y las conexiones, Knight dijo:

—¿Qué hace una buena chica como tú...?

—¿En un lugar como este? —Anne sonrió mientras completaba el viejo cliché por él — Cuando era pequeña decidí que me gustaría ser científica como mi padre. Así que lo hice.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil.

El sargento Arnold abrió la puerta, cruzó la habitación y se paró frente al capitán Knight, lanzando un saludo tembloroso.

—¡Señor! —bramó. Knight le devolvió el saludo:

—Así que ahí está, Sargento. Ha pasado bastante tiempo. ¿Algún problema?

—No es lo que usted llamaría problemas, señor, pero...

—¿Está conectado el cable? —interrumpió Knight— ¿Dónde está el otro extremo?

—Cable conectado como se ordenó, señor —rugió el Sargento—. Los muchachos lo están moviendo ahora, ¡apúrense, pipiolos, apuren!

Weams y Blake entraron soltando cable mientras avanzaban. Estaban seguidos por Chorley, quien utilizó su entrada como una oportunidad para regresar a la Sala de Operaciones. Observó mientras los dos soldados comenzaron a conectar el cable en la consola de control.

—¿No es todo esto un poco primitivo? —preguntó— ¿No se podría usar algo controlado por radio?

—Lo intentamos —dijo Knight pacientemente.

—¿Y?

—Es inútil. Cierta fuerza en los túneles impidió la transmisión de la señal de detonación. Así que volvimos al método antiguo. Puede ser primitivo, pero funcionará — Knight se volvió hacia el sargento Arnold, que obviamente estaba a punto de hablar—. Muy bien, Sargento, ¿qué pasa?

—Encontramos un par de jóvenes, señor, un chico y una chica. Vagando por el túnel. Se negaron a dar una cuenta adecuada de sí mismos. Los tengo en la Sala Común bajo vigilancia. Pensé que querría verlos, señor.

—Oh, leñe —dijo Knight irritado—. Bueno, no puedo entretenerme con ellos ahora. Este trabajo de demolición ya va con retraso.

Anne levantó la vista de su trabajo:

—¿Está seguro de que solo había dos?

—Dos es todo lo que encontramos, señorita. ¿Por qué?

—Se suponía que toda la zona estaba despejada. No me gusta la idea de volar la estación si hay gente deambulando por aquí.

—Todavía quedan unos minutos para la detonación —señaló Knight—. Es mejor que hable con ellos, Sargento, asegúrese de que no haya nadie más con ellos.

—¡Señor! —Arnold saludó y salió.

Jamie y Victoria estaban esperando en la Sala Común, con un centinela armado en la puerta. Era una sala grande, con sillones y mesas esparcidas. Había montones de revistas viejas sobre las mesas, un tablero de dardos, un par de juegos de ajedrez, incluso una mesa de ping-pong. Una mesa de caballetes en la esquina contenía una urna de té y algunas tazas gruesas y desportilladas. Jamie frunció el ceño al centinela y le susurró a Victoria:

—El Doctor tenía razón, ¿sabes? Lo primero que hacen es encerrarnos a los dos.

Victoria miró a su alrededor:

—Bueno, al menos no estamos en una celda. Y no parecen demasiado hostiles.

—No confío en ellos —murmuró Jamie sombríamente—. Solo intentan engatusarnos.

El sargento Arnold entró en la habitación, sus rasgos duros y escarpados se fijaron en una sonrisa.

—Cuidando de vosotros, ¿verdad? —comenzó con entusiasmo— ¿Qué tal una taza? Llenó dos tazas de la urna de té y las pasó.

—¿Cuánto tiempo nos van a tener aquí? —Jamie sonaba truculento.

—Hasta que el oficial tenga tiempo de veros, eso es todo.

—¿Qué es este lugar de todos modos? —preguntó Victoria— ¿Y qué están haciendo todos aquí?

Arnold la miró con reproche.

—Ah, señorita, todos saben lo que ha estado sucediendo. No deberíais haber bajado a estos túneles —Victoria comenzó a hablar pero Arnold levantó la mano—. Sin muchas preguntas, si no te importa. Estáis aquí para responder preguntas, no para hacerlas. Para empezar, ¿estabais solos?

Jamie lo miró dubitativo:

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque quiero saberlo, muchacho. Ahora, ¿había alguien con vosotros?

Jamie y Victoria se miraron el uno al otro. De nuevo Victoria comenzó a hablar. Esta vez fue Jamie quien la interrumpió.

—No —dijo con firmeza.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí, estoy seguro —Jamie estaba decidido a no delatar al Doctor. Si les contara a estos soldados sobre él, enviarían hombres directamente a buscarlo. Entonces el Doctor

también estaría encerrado, que era justo lo que no quería. El sargento Arnold levantó la vista cuando el capitán Knight asomó la cabeza por la puerta.

—Estamos todos listos, Sargento —miró inquisitivamente a Jamie y Victoria—. Solos, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Muy bien —El Capitán Knight desapareció. Jamie miró cómo se iba:

—¿Qué fue todo eso?

Arnold se sirvió una taza de té:

—Por suerte para vosotros os encontramos, muchachos. Estamos a punto de volar algunos de esos túneles.

El capitán Knight entró en la sala de operaciones y asintió con la cabeza al cabo Lane: —Está bien, aparentemente, estaban solos. Realice los controles finales, detone cuando esté listo.

El Doctor observó mientras el Yeti completaba su extraña tarea. Pronto toda la pila de cajas fue cubierta por la sustancia de telaraña. El Yeti bajó la pistola de red y dio un paso atrás. Se dio la vuelta y se marchó con los otros dos Yeti muy cerca.

El Doctor esperó hasta que se fueron, luego subió a la plataforma. Se acercó a las cajas con telarañas y comenzó a examinarlas con curiosidad.

El cabo Lane miró a través de la Sala de Operaciones al capitán Knight:

—Comprobaciones de fuego completas, señor. Listos para detonar.

—Adelante, Cabo.

El pulgar de Lane cayó sobre el botón rojo.

El Doctor estaba frotando con cautela la sustancia de telaraña entre sus dedos. Se produjo un golpe sordo, un destello blanco cegador, y todo se oscureció...

Justo cuando Lane presionaba el botón de disparo, el sargento Arnold corrió hacia la sala de operaciones.

—¡No detone, señor! —gritó, pero luego se detuvo, dándose cuenta de que era demasiado tarde. Cuando Knight se volvió asombrado, Arnold continuó— Esos chicos han cambiado su historia, señor. Había alguien más con ellos, una especie de médico.

—¿¡Qué!? Si estuviera cerca de esos explosivos...

—Creo que así ha sido, señor. Apparently estaba siguiendo el cable.

El Capitán Knight suspiró:

—Muy bien, Sargento. Reúna un grupo y vea lo que puede encontrar.

Cuando Arnold saludó y se fue, el cabo Lane gritó:

—La registradora de explosiones no parece estar funcionando, señor.

—¡Mierda! La señorita Travers acaba de comprobarlo.

—No hay nada registrado, señor.

Anne se acercó a la consola y examinó los diales.

—Me temo que tiene razón —se movió a otro juego de diales y frunció el ceño—. Pero las verificaciones del circuito muestran que *hubo* una explosión.

Knight sonaba exasperado:

—No se puede tener una explosión sin explosión, ¿verdad?

Anne asintió con la cabeza. Knight frunció el ceño:

—Ese médico que estaba en los túneles, tal vez manipuló la carga. Creo que tendré una conversación con esos dos jóvenes.

Caminó por el pasillo hasta la Sala Común. Anne lo siguió. Chorley, siempre alerta por una historia, los acompañó con su grabadora en la mano. Tan pronto como entraron en la habitación, Jamie y Victoria saltaron con una avalancha de preguntas. Knight los detuvo.

—Silencio los dos. Y sentaos —Victoria y Jamie se sentaron, temiendo lo peor. Más suavemente, Knight continuó—. Todavía no tenemos noticias de vuestro amigo. Hemos enviado a alguien a investigar. Mientras tanto, quiero saber exactamente qué estabais haciendo en los túneles.

Jamie y Victoria se miraron, enfrentándose no por primera vez a explicar su presencia en un lugar no autorizado. La TARDIS nunca parecía dejarlos en ningún lugar seguro. Cuando no respondieron, Chorley habló, ansioso por usar su habilidad como interrogador:

—¿Por dónde os colasteis al sistema de metro?

Jamie lo miró indignado:

—No nos colamos en ningún lado.

—Debes haberlo hecho —espetó triunfalmente Chorley—. Todas las estaciones están selladas, ¿no? ¿De qué otra forma podrías llegar aquí?

Jamie miró impotente a Victoria, quien dijo débilmente:

—Acabamos de llegar. Nos trajeron aquí.

—¿Por este misterioso médico? ¿Y para qué? ¿Era un sabotaje? —Chorley ya se había calmado.

—Oh, no —dijo Jamie desconcertado—. Lo estás haciendo sonar mucho peor de lo que es.

El soldado Weams apareció en la puerta:

—Disculpe, señor, el Cabo ha logrado comunicarse con Holborn por radio. Suena como un problema: ¡otro ataque de Yeti!

Olvidando a Jamie y Victoria, Knight salió corriendo de la habitación, con Chorley pisándole los talones. Jamie los miró.

—¿Ese soldado dijo Yeti? ¿Esas cosas de robots con las que tuvimos tantos problemas en el Tíbet?

Victoria asintió con la cabeza:

—Creo que sí.

—Oh, no, ¡otra vez no! Confié en el Doctor.

Victoria hizo un gesto de silencio, pero ya era demasiado tarde. Anne Travers se había detenido en la puerta y los estaba estudiando detenidamente.

—Muy bien, vosotros dos —dijo con determinación—, ¿cómo sabéis tanto sobre el Yeti?

En la sala de operaciones, Knight se paró sobre el cabo Lane, que estaba hablando con su dispositivo de comunicaciones.

—Hola, Holborn, ¿me copias... Cuartel de la Fortaleza a Holborn —levantó la vista—. Lo siento, señor. Parece que los he perdido de nuevo —escuchó el leve ruido proveniente de sus auriculares—. Puedo escuchar algo, señor. Suena como disparos.

—A todo volumen —ordenó Knight—. Páselo al altavoz.

Lane ajustó los controles y pulsó un interruptor. La sala se llenó con el crepitar de la estática, mezclada con el sonido de los disparos. Hubo voces y gritos. De repente, a todo volumen, se escuchó el estruendo de un Yeti, luego el silencio. Lane probó los controles, luego sacudió la cabeza.

—Nada, señor. Ya no están transmitiendo.

Hubo un momento de silencio. Todos se dieron cuenta de lo que había sucedido. El Capitán Knight dijo:

—¿*Hablaste* con ellos antes?

—Solo unas pocas palabras, señor, muy débil. Por lo que pude entender, el camión de municiones tenía problemas en el camino, y llegó con mucho retraso. Debían haber descargado la munición, señor, porque se estaban yendo cuando fueron atacados...

—Llevaré un escuadrón y echaré un vistazo. Tenemos que conseguir esa munición.

El cabo Lane agregó:

—Me gustaría ser voluntario, señor. Ese operador de radio era amigo mío.

—Está bien. Soldado Weams, asuma el control de la radio.

Cuando se volvió para irse, Knight notó a Chorley. Había estado grabando los últimos momentos del escuadrón Holborn en su grabadora.

—Qué cosa tan espléndida, Capitán. Muy dramático. Mucha acción.

Knight se detuvo:

—Vamos a ver qué pasó con esos hombres, señor Chorley. Quizás le gustaría venir con nosotros. Es posible que vea algo de “acción” de primera mano.

Chorley retrocedió:

—Er... Sí, bueno... Muy amable, pero no quisiera interponerme en su camino. Quizá sea mejor que me quede aquí.

—Sí —dijo Knight con desprecio—. Quizás sea mejor —seguido por el cabo Lane, salió de la habitación.

El sargento Arnold y el cabo Blake se quedaron examinando una pila de madera destrozada con telarañas, todo lo que quedaba de varias cajas de alto explosivo. Arnold rastreó entre los escombros y recogió algunos fragmentos de metal retorcido.

—¿Qué piensa usted de esto?

—Parte de nuestro detonador. Entonces actuó bien. Pero si se disparó...

—¿Por qué no colapsó el túnel? ¿Por qué toda esta madera apilada en lugar de dispersa por todo el sitio? ¿Cómo puedes tener una explosión sin ningún daño?

—Obvio, ¿no? —dijo Blake— Alguien interfirió con la carga. Quizás ese tipo, el médico ese.

Arnold asintió con la cabeza:

—Tal vez. ¡Desde luego me gustaría saber dónde está!

El Doctor se despertó de una pesadilla en la que corría furiosamente a través de una semioscuridad interminable, solo para descubrir que la pesadilla era verdadera. Se obligó a detenerse y se apoyó jadeando contra la pared del túnel, mientras trataba de recordar lo que había sucedido.

Los explosivos se habían disparado mientras los examinaba. Pero no había habido explosión, no en el verdadero sentido. Un capullo de telaraña con el que el Yeti había cubierto las cajas había absorbido toda la energía. Pero el Doctor había estado parado a solo centímetros de distancia, y a la bomba le quedaba suficiente energía explosiva para enviarlo volando a través de la plataforma. Recordaba vagamente levantarse y correr frenéticamente por los túneles, presumiblemente en un estado leve de conmoción.

Ahora volvía a ser más o menos él mismo, pero el Doctor se dio cuenta de que no tenía idea de cuánto tiempo había estado corriendo o en qué dirección. Incluso podría haber pasado por otras estaciones en su precipitada huida. ¿Cómo demonios iba a encontrar a Jamie y Victoria? No podían dejarlos vagar por los túneles, no con los Yeti sueltos de nuevo. El Doctor buscó a tientas en su bolsillo, mirando para ver si su linterna había sobrevivido intacta. No fue así y la tiró. De repente, un rayo de luz salió de la penumbra y una voz cortante habló:

—Quédese perfectamente quieto y levante las manos.

El Doctor obedeció. Apareció una figura alta, con una linterna en una mano y un revólver en la otra, apuntando al Doctor. Era un hombre en ropa militar, con la insignia de coronel sobre sus hombros. Incluso en la penumbra, el Doctor captó la impresión de un uniforme inmaculado y un bigote bien recortado. El soldado miró desde su altura superior a la pequeña y desaliñada figura de su cautivo.

—¿Y usted quién podría ser? —preguntó, sonando más divertido que alarmado. Sintiendo su desventaja, el Doctor respondió malhumorado:

—Podría hacerte la misma pregunta.

—Soy el coronel Alastair Lethbridge-Stewart —dijo la voz precisa y militar.

—¿Cómo estás? Soy el Doctor.

—¿Lo es? Bueno, Doctor sea-quien-sea, ¿tal vez le gustaría decirme qué está haciendo en estos túneles?

5

Batalla con el Yeti

Aunque ninguno de ellos se dio cuenta, este fue un encuentro tan histórico como el de Stanley y el doctor Livingstone. Promovido a Brigadier, Lethbridge-Stewart algún día lideraría la sección británica de una organización llamada U.N.I.T. (United Nations Intelligence Taskforce, Grupo de Trabajo de Inteligencia de las Naciones Unidas), creada para combatir ataques alienígenas en el planeta Tierra. El Doctor, con otra apariencia y exiliado temporalmente a la Tierra, se convertiría en Asesor Científico de U.N.I.T.². Pero eso era todo en el futuro. Por el momento, los dos futuros amigos se miraron con recelo mutuo.

—No importa cómo llegué aquí —dijo el Doctor con impaciencia—. No me creerías si te lo dijera. Lo importante es que hay Yetis en estos túneles. Son sirvientes robot de una entidad alienígena llamada Gran Inteligencia. Debemos advertir a las autoridades de inmediato.

El revólver de Lethbridge-Stewart, que había bajado al ver la apariencia inofensiva del Doctor, fue levantado para apuntarle una vez más:

—Las autoridades ya saben sobre el Yeti, Doctor. Pero al parecer no tanto como tú. Creo que será mejor que vengas conmigo.

² Como se puede ver en “Spearhead from Space”, primer serial de la temporada 7.

El laboratorio del profesor Travers había sido originalmente un taller del ejército. Ahora, la maquinaria pesada había sido retirada y los bancos estaban cargados con una compleja gama de equipos electrónicos. Travers estaba trabajando duro. Habiendo descubierto, más o menos por accidente, cómo activar la esfera de control, ahora estaba invirtiendo la dirección de sus investigaciones tratando de encontrar un medio para bloquearlas dentro del Yeti. Si pudiera lograr esto, sería capaz de hacer que el Yeti fuera inofensivo. Absorto en su trabajo, no se dio cuenta de que su hija Anne entraba. Ella tuvo que hablar dos veces antes de que él levantara la vista y gruñera.

—¿Qué pasa? Puedes ver que estoy ocupado —de repente lo recordó—. Oh, sí. ¿Cómo fue la demolición?

—¡Al parecer no la hubo! El capitán Knight ha enviado algunos hombres para investigar. Pero no vine por eso, padre. Los soldados encontraron a dos jóvenes en los túneles. Acabo de hablar con ellos. Parecen saber mucho sobre el Yeti. Saben que son robots, conocen las esferas de control. Y hablaron de algo llamado Inteligencia, que apareció por primera vez en el Tíbet.

Travers dejó la esfera de control en la que estaba trabajando:

—Creo que es mejor que me lleves a verlos.

Jamie y Victoria se pusieron de pie cuando Anne y Travers entraron en la Sala Común. Travers no habló. Él solo se quedó mirando con absoluta incredulidad. Una pequeña joven morena y un hombre vestido de escocés. Los dos compañeros del Doctor. Travers recordó encontrarse con ellos en el camino nevado de la montaña a las afueras del Monasterio Det-Sen, recordó las increíbles aventuras que habían compartido. Ahora estaban aquí, más de cuarenta años después, pero se veían exactamente iguales.

Jamie y Victoria miraron con curiosidad al anciano de barba blanca que los miraba tan extrañamente. Victoria le devolvió la mirada, luego un extraño sentimiento de familiaridad la invadió. Debajo de los bigotes blancos, la mata de cabello blanco y las arrugas de la edad, podía reconocer una cara familiar.

—Es el señor Travers, ¿no? —dijo cortésmente— Creo que nos conocimos en el Tíbet.

Travers se sentó tembloroso. Anne lo miró fijamente.

—¿Quieres decir que estos son los dos de los que me hablaste? ¿Los que estaban con el Doctor hace tantos años?

Travers asintió. Jamie lo miró a la cara.

—Oye, pues sí, es el señor Travers, eso está claro. Pero... está muy viejo —agregó sin tacto. Lentamente, Travers dijo:

—Cuando conocí al Doctor en el Tíbet, me dijo que ya había visitado el Monasterio trescientos años antes. Él dio a entender que podía viajar a través del tiempo.

—Bueno, por supuesto que puede —dijo Jamie con impaciencia—. La cuestión es, ¿sabes dónde está ahora? Lo perdimos en esos túneles.

Anne sacudió la cabeza:

—Todo lo que sabemos es que algunos soldados fueron enviados a buscarlo.

Travers se puso de pie de un salto:

—¡Pero esto es maravilloso! El Doctor es el único hombre que puede ayudarnos. Vamos, Jamie, veamos si lo han encontrado.

Travers sacó a Jamie de la habitación. Anne y Victoria se volvieron una hacia la otra, sintiéndose bastante abandonadas.

—Todavía estoy un poco confundida acerca de cómo llegaste aquí —dijo Anne lentamente. Victoria suspiró:

—Dios mío, me temo que todo es *muy* complicado... Verás, el Doctor tiene esta máquina llamada TARDIS...

En la Sala de Operaciones, Travers encontró al sargento Arnold, que acababa de regresar de su infructuosa búsqueda.

—¿Encontraron al Doctor? —preguntó.

—No hay ni rastro de él, señor. Y la explosión no lo mató porque no hubo explosión —Arnold explicó brevemente lo que habían encontrado en la plataforma—. Alguien debe haber interferido con la carga. Probablemente ese misterioso Doctor.

—Tonterías —dijo Travers con firmeza—. El Doctor es un viejo amigo mío. Él es... un colega científico. Es vital que lo encontremos.

Arnold parecía escéptico:

—Bueno, quienquiera que sea, ha desaparecido.

—Tal vez el Yeti lo atrapó —dijo sombríamente Jamie.

—Si no está de su lado... —era evidente que Arnold no había abandonado sus sospechas. Se giró hacia Jamie— Mira, muchacho, si quieres encontrarlo, tendrás que ayudarnos. ¿Alguna idea de dónde se fue? —Jamie lo miró dubitativo. Aunque sus casacas eran de color caqui en lugar de rojas, a Jamie le resultaba difícil olvidar que los soldados ingleses eran sus enemigos tradicionales— Venga, muchacho, dilo —dijo Arnold alegremente—. Tienes alguna idea de dónde podría estar, ¿verdad?

Jamie lo consideró. Al menos era posible que el Doctor fuera a su punto de reunión. Eso o volviese a la TARDIS.

—¿Y bien? —insistió Arnold.

—Podría hacerlo —respondió Jamie a regañadientes.

—Entonces será mejor que me lleves allí, ¿verdad?

Jamie miró a Travers, que asintió:

—Mejor haz lo que dice, Jamie. Cuanto antes encontremos al Doctor, mejor para todos.

El Capitán Knight y sus hombres estaban haciendo una acción de retaguardia en los túneles. Bajaron por la Northern Line hasta Tottenham Court Road, luego por la Central hasta Holborn. Fuera de la estación de Holborn habían descubierto el camión de

municiones destrozado y los cuerpos de los soldados que lo habían estado vigilando. Los Yeti no estaban a la vista. Las cajas de explosivos y municiones estaban esparcidas por todas partes.

Trabajando lo más rápido posible, Knight había ordenado a sus hombres que recogieran la mayor cantidad de la preciosa carga que pudieran transportar. Muy cargados, volvían a través de los túneles. Casi habían llegado a la Fortaleza de Goodge Street cuando el Yeti les atacó.

Mientras la retaguardia de su grupo luchaba desesperadamente por contener al Yeti, el capitán Knight supervisó la construcción de una barricada de cajas de explosivos a través del túnel donde habían sido atacados.

—Correcto, eso tendrá que servir —ordenó. Poniéndose de pie, ahuecó las manos y gritó—. ¡Cabo Lane, retroceda!

Lane y los otros hombres ya estaban en retirada, impulsados por el avance inexorable del atacante Yeti. Rugiendo salvajemente, las criaturas avanzaron hacia delante, ignorando las balas de los soldados. Con el rifle vacío, uno de los soldados lo asió por la culata y lo balanceó como un garrote. Un Yeti hizo a un lado el golpe y aplastó al soldado contra el suelo. Lane y el resto se volvieron y huyeron, trepando por la barricada para refugiarse detrás de ella. Desde allí arrojaron las granadas restantes. Cuando las explosiones rugieron en el espacio confinado, el Yeti retrocedió y pareció detenerse, esperando. El capitán Knight se agachó junto al cabo Lane:

—Bien hecho, cabo. ¿Cuántos son?

—Solo dos, señor, pero no pudimos retenerlos. Un par de muchachos no lo lograron.

El movimiento hacia atrás los hizo girar a ambos, con las armas listas. Una voz familiar gritó:

—No disparen, soy yo.

La forma corpulenta del sargento Arnold apareció desde la penumbra, con Jamie detrás de él. Observó la situación en la barricada con una rápida mirada.

—¿Ataque de Yeti, señor?

—Así es, Sargento. Dos de ellos, de vuelta por los túneles.

—¿Qué pasa con el destacamento de Holborn, señor?

—Todo listo. Tenemos la munición... bueno, parte de ella. Tuve que dejar el resto — Arnold asintió, mirando hacia el túnel. Los dos Yeti avanzaban lentamente de nuevo—. Dejen que se acerquen —susurró Knight ferozmente—. La mitad de esta barricada está hecha de cajas altamente explosivas. Cuando los Yeti lleguen a la barricada, detonaré las cajas y volaré todo los aires. Con un poco de suerte derribaré el techo sobre ellos.

—Quizá también sobre nosotros, señor.

—Tendremos que arriesgarnos con eso. Ahora, haga que los hombres regresen. Les quiero lo más lejos posible antes de disparar.

El pequeño grupo de soldados retrocedió cuando los Yeti siguieron avanzando. Cuando los Yeti llegaron a la barricada, Knight y los demás estaban casi fuera de la vista, en una curva en el túnel. Los dos Yeti hicieron a un lado la débil barricada con facilidad. Luego se detuvieron nuevamente.

—Ahora es el momento, señor —susurró Lane—. Están de pie justo sobre las cajas de municiones —miró por el túnel—. Parecen estar usando algún tipo de arma —sonaba perplejo—. Está rociando esa telaraña sobre las cajas.

—Voy a volarlos por las nubes, telarañas y todo. Deme su ametralladora, Cabo. El resto de ustedes cuerpo a tierra.

Cuando los soldados cayeron al suelo, Knight giró la curva del túnel. Para estabilizar el arma, disparó una larga ráfaga directamente en las cajas de municiones, luego se arrojó al suelo. Hubo un golpe sordo y un destello cegador. Knight levantó la vista. Los dos Yeti, ilesos, estaban parados junto a las cajas destrozadas. No había signos de ningún otro daño. Lentamente, los Yeti reanudaron su avance. Knight se giró.

—No funcionó —gritó—. Corran. Tendremos que volver a la Fortaleza.

Para su sorpresa, nadie se movió.

—Demasiado tarde, señor —dijo Lane con voz ronca—. ¡Mire!

Señaló en la otra dirección. Para su horror, Knight vio a dos Yeti más venir detrás de ellos. Estaban rodeados.

Victoria deambuló sin rumbo por la Sala Común, preguntándose qué hacer consigo misma. Jamie había salido corriendo con su impulsividad habitual, olvidándose por completo de ella. Anne Travers había sido muy amable, pero ahora había desaparecido para ayudar a su padre con su trabajo. Victoria decidió ir a buscarlos. Quizás la dejaran hacer té o lavar tubos de ensayo o algo así. Cualquier cosa sería mejor que esperar sola.

Salió de la Sala Común y se encontró en un largo pasillo pintado del deprimente verde de la Oficina de Guerra. Un soldado pasó con un portapapeles y Victoria lo detuvo.

—¿Puede decirme dónde encontrar el laboratorio del profesor Travers, por favor? Soy una de sus asistentes.

El soldado no parecía sorprendido:

—Justo ahí abajo, señorita, está a su derecha.

Victoria caminó hacia la puerta del laboratorio. La abrió con cautela, temiendo perturbar algún experimento vital, y escuchó la voz de Anne Travers que decía:

—¿Alguna vez viste esa TARDIS, padre?

Miró por la puerta y vio a padre e hija trabajando juntos en un banco repleto de equipos. Travers gruñó:

—No, en realidad no. La vi de refilón. Era como una cabina de policía, encaramada en una repisa de la montaña. Entonces me distraje. Vi un Yeti, uno real, no uno de esos malditos robots. Fui persiguiéndolo, aunque lo perdí. Cuando regresé, el Doctor, sus amigos y la cabina de la Policía habían desaparecido.

Anne asintió con la cabeza:

—Sin embargo, es extraño, ¿no? La última vez que viste al Yeti, el Doctor apareció, y ahora aquí está de nuevo —Travers gruñó una vez más, sin escuchar realmente. Anne

desarrolló su teoría—. Quizás el Doctor esté realmente detrás de todos estos problemas. ¡Quizás él es quien controla a los Yeti!

Victoria no esperó a escuchar más. Se alejó de puntillas de la puerta tan silenciosamente como había venido. Solo había un pensamiento en su mente. Debía alejarse de la Fortaleza, encontrar al Doctor y advertirle que ya estaba bajo sospecha.

Fue una pena que Victoria no se quedara a escuchar el resto de la conversación. Travers, completamente exasperado, dejó la esfera de control en la que estaba trabajando.

—Mi querida Anne, estás diciendo la más absoluta tontería —gruñó—. El Doctor arriesgó su vida y la de sus amigos para derrotar al Yeti y salvar el Monasterio de Det-sen. ¿Crees que lo habría hecho si estuviera con ellos?

Tranquilizada, Anne sonrió:

—No, supongo que no. ¡Me he puesto nerviosa, sospechando de todos!

Travers suspiró:

—Pequeña maravilla en un lugar como este. Solo desearía que el Doctor apareciera ahora. Podría hacerlo con su ayuda.

Jamie también deseaba que el Doctor reapareciera. Junto con el Capitán Knight, el sargento Arnold y el resto de los soldados, estaba atrapado en una sección del túnel, con un Yeti a cada lado. Pero extrañamente, los Yeti no hicieron ningún movimiento para atacar. En cambio, esperaron, intercambiando ocasionalmente extraños sonidos electrónicos, pitidos que les servían como señales.

—Esto me está poniendo de los nervios —murmuró el cabo Lane—. ¿Por qué no hacen nada?

El sargento Arnold era imperturbable, como siempre:

—Simplemente considérate afortunado, muchacho. Lo bueno para nosotros es que *están* callados —se volvió hacia el Capitán Knight—. ¿Qué hay de esa explosión, señor? Los explosivos explotaron, pero no hubo explosión.

Knight dijo con tristeza:

—Presumiblemente, esa telaraña absorbe la explosión, lo amortigua todo.

—Eso será, señor. Lo mismo debe haber sucedido en Charing Cross.

—Así que detoné todo nuestro alto explosivo para nada.

Lane seguía sintiendo el efecto de la espera.

—¿No podemos escapar, señor? —apeló— Solo dos por cada extremo, podríamos pasar.

Fue Jamie quien respondió:

—Oh, no seas tan tonto, hombre. No tendríamos una oportunidad, no mientras estén encendidos.

Knight lo miró sorprendido:

—¿Y cómo sabes tanto al respecto?

—Parece que él, el tal Doctor y el profesor son todos viejos amigos. Tuvieron problemas con estos Yeti en el Tíbet hace años —dijo el sargento Arnold. Se volvió hacia Jamie—. Es así, ¿verdad, muchacho?

—Sí, eso es —dijo Jamie, esperando que Knight no preguntara cuántos años atrás—. No son tan aterradores cuando te acostumbras a ellos —agregó alentador. A pesar de la peligrosa situación, Knight no pudo evitar sonreír ante la manera informal de Jamie. Miró las formas sombrías de los Yeti mientras estaban en guardia.

—Si sabes tanto sobre ellos, quizás puedas decirnos cómo lidiar con ellos.

Jamie estaba bastante dispuesto a interpretar el papel de experto sobre el Yeti.

—Bueno —comenzó en serio—, lo que hay que recordar sobre estas bestias es que en realidad no son bestias, son una especie de robot. Están controlados por esta esfera en su pecho. Hazte con eso y están acabadas.

—¿Y cómo te acercas lo suficiente para hacer eso sin que te maten?

—Sí, bueno —admitió Jamie de mala gana—. ¡Esa es la parte difícil!

De repente, el capitán Knight lo interrumpió:

—¡Escuchad!

El ruido de señalización subió a una nota más alta. Al mismo tiempo, los dos Yeti que interrumpían su retirada comenzaron a moverse lentamente hacia ellos. El grupo de humanos atrapados se acurrucó contra la pared del túnel, listo para enfrentarse al ataque final.

6

El terror de la red

Los Yeti del otro lado no mostraron signos de movimiento. Solo el segundo par continuó su avance constante. A medida que se acercaban, los soldados levantaron sus armas para una desesperada resistencia final, aunque sabían que sin granadas o explosivos estaban condenados... Las balas tenían poco efecto sobre los Yeti. De repente, Jamie susurró ferozmente:

—No disparéis. Solo quedaos perfectamente quietos —Knight lo miró con asombro—. No están viniendo por nosotros —siseó Jamie—. Mirad los otros dos.

Efectivamente, los dos Yeti que los atacaron por primera vez se estaban alejando.

—Haced lo que dice —ordenó Knight. El grupo se quedó quieto cuando el segundo par de Yeti subió, los pasó y siguió al primer par por el túnel. Pronto los cuatro Yeti se habían alejado de la vista. El Capitán Knight dejó escapar un largo suspiro de alivio—. Bueno, ¿qué releches fue lo que los hizo hacer eso?

—Te lo dije —dijo Jamie—. No son bestias naturales para nada. Los han llamado de vuelta. Ahora me pregunto por qué...

Miró perplejo al Yeti que se marchaba.

—No importa por qué —dijo el sargento Arnold—. ¿No deberíamos volver, señor?

—Muy bien, Sargento. No quiero forzar nuestra suerte.

Desconcertados pero aliviados, el pequeño grupo se dirigió hacia la Fortaleza.

EL soldado Weams entró en la sala de operaciones, con dos tazas de té humeante en la mano. Le pasó una al cabo Blake:

—Tome, Cabo, le traigo una buena taza...

Blake extendió la mano para tomar el té y de repente se congeló, con los ojos fijos en el mapa iluminado. La luz que marcaba Euston Square parpadeaba constantemente.

—La Red —jadeó—. ¡Comenzó a moverse de nuevo! —agarró el teléfono interno— ¡Tráeme al profesor Travers!

Segundos después, Travers entró corriendo en la habitación, con Anne y Chorley pisándole los talones. El cabo Blake señaló el mapa.

—Euston Euston Square cayó, Profesor, y King's Cross. Se trasladó a Farringdon.

Incluso mientras miraban, la luz de Farringdon parpadeó y se apagó. Anne se volvió preocupada hacia su padre:

—Nunca antes se había movido tan rápido...

Los ojos de Blake estaban fijos en el tablero:

—Hacía dos semanas que no se movía, señorita. Algo lo ha vuelto a poner en marcha.

Chorley había estado de mal humor en su habitación cuando escuchó el rumor de la nueva crisis. Ahora aprovechó la oportunidad para avanzar y volver con Travers.

—¿No es extraño, Profesor, que esto suceda el mismo día en que aparece tu amigo el Doctor?

—No *ha aparecido* —señaló Anne—. Nadie lo ha visto todavía.

—Ah, pero ¿qué pasa con esos dos jóvenes? Podría haberlos enviado aquí como espías.

—Porquerías —dijo Travers vigorosamente—. Ya he pasado por estas tonterías con Anne. Por última vez, el Doctor es un científico distinguido y un amigo personal. Aparecerá tarde o temprano. Después de todo, sus dos jóvenes amigos están aquí. Y desde luego no los abandonará.

—Pero no están aquí —dijo Chorley triunfante—. El joven ya se fue a los túneles. Ahora la chica también ha desaparecido.

Anne lo miró asombrada:

—Victoria descansa en la sala común.

—No es verdad. Fui a buscarla hace un tiempo, quería hacerle algunas preguntas más. Ya no estaba en la Sala Común, y tampoco está en ningún otro lugar de la Fortaleza. Busqué por todos sitios.

—¿Por qué se iría así? —dijo Anne preocupada.

—Porque estaba espiando. Ahora ha vuelto con ese Doctor con su información. Chorley estaba absolutamente decidido a convertir la desaparición de Victoria en un jugoso escándalo de espías. Un grito de Weams los interrumpió:

—Miren el pizarrón. La Red se mueve de nuevo... La luz de Aldgate comenzó a parpadear...

El cabo Blake miró el reloj:

—El Capitán debería haber vuelto. Espero que no esté cerca de ese grupo...

El capitán Knight y sus hombres estaban en las últimas etapas de su viaje de regreso a la Fortaleza. Se movían con precaución hasta un cruce cuando Knight escuchó un extraño sonido al frente.

—¡Escuchad!

—¿Es el Yeti, señor? —susurró Arnold.

—No, a menos que hayan aprendido a cantar ópera —respondió Knight secamente. Ahora todos podían escucharlo: una voz de tenor temblorosa que cantaba “Hombres de Harlech”³, muy desafinada. Una figura alta y delgada con uniforme del ejército marchaba a lo largo del túnel hacia ellos. Cuando los vio, el canto se apagó.

—¡Oye, soldado! —gritó Arnold. El recién llegado se apresuró hacia ellos.

—Bueno, toda una visión para unos ojos cansados —dijo con un amplio acento galés. El capitán Knight miró a la figura delgada frente a él. El hombre tenía una cara redonda y

³ Es una canción y marcha militar que habla sobre el asedio del castillo de Harlech entre 1461 y 1468.

alegre, con orejas que sobresalían como asas. Su uniforme estaba arrugado y mal ajustado, sus enormes botas necesitaban un poco de betún y una boina de gran tamaño le daba el aire de un hongo alargado. Knight gimió en voz alta.

—¿Se está volviendo loco? —susurró— ¿Va por estos túneles cantando a toda voz?

El hombre sonrió desarmadamente:

—Bueno, tenía miedo, ¿sabes? Siempre canto cuando tengo miedo.

El sargento Arnold había estado observando el comportamiento descuidado y poco militar del recién llegado con creciente horror. Acercándose a él, murmuró ferozmente:

—Muestre respeto cuando hable con un oficial. ¿Ha olvidado cómo saludar, verdad? ¿Nombre y número?

El soldado se envaró rígidamente para llamar la atención, lanzó a Knight un saludo tardío y gritó a toda voz:

—¡Seis cero uno, Evans, señor!

—Sssh —dijo Arnold en un susurro agonizante.

—Seis cero uno, Evans —susurró el hombre. Knight reprimió una sonrisa:

—¿Y qué está haciendo en estos túneles, soldado Evans?

—Intentando salir de nuevo, señor.

—No se pase de gracioso, muchacho —dijo Arnold en un susurro amenazante—. ¿Por qué está aquí abajo, para empezar?

Evans bajó la voz dramáticamente:

—Yo era el conductor, ¿sabe?, en ese camión de municiones a Holborn. Acabábamos de descargar cuando los Yeti nos asaltaron. Corrí y luego me perdí.

—¿Por qué no salió por el otro lado?

—No pude, Sargento. Todos los túneles están bloqueados con este material de la Red. Se movía hacia mí.

El capitán Knight habló con urgencia:

—¿Se movía? ¿Está seguro de que realmente se estaba moviendo?

—Seguía a un Yeti —dijo Evans dramáticamente—. Lo vi por mí mismo. El Yeti bajó por el túnel llevando una especie de cosa de cristal, y la *Red* lo siguió...

—Esa cosa de cristal —dijo Jamie con urgencia—, ¿tenía forma de pirámide?

—Correcto. Una gran pirámide de cristal brillante. ¿Cómo lo supiste?

Jamie se volvió hacia el capitán Knight:

—Esa pirámide es donde se aloja la Inteligencia. Aplástala y pondrás al Yeti fuera de acción.

Antes de que Knight pudiera responder, el sargento Arnold interrumpió:

—Disculpe, señor, pero si la Red está en movimiento nuevamente, el cuartel general podría estar en peligro. Especialmente porque *no* logramos volar ningún túnel.

Knight asintió con la cabeza. El propósito de las operaciones de demolición había sido crear una zona de seguridad alrededor del cuartel general, reteniendo al Yeti y la Red.

—Muy bien, gente. Será mejor que nos vayamos de aquí.

Jamie estaba indignado porque nadie había prestado atención a sus noticias:

—Oh, no estáis escuchando. Solo destruye su pirámide y...

—No discutas con el oficial —gruñó Arnold—. Muévete.

Jamie se sintió repentinamente obstinado. Se había cansado de seguir humildemente a los soldados.

—No lo haré. Vine a buscar al Doctor y no me iré hasta que lo haya hecho. ¡Y encontraré esa pirámide y la romperé también, ya que sois demasiado tontos para escuchar!

Arnold se movió enojado hacia él, pero Knight intervino:

—Muy bien, Sargento, que se quede si quiere. Es su propio cuello.

Arnold se alejó de mala gana. Inesperadamente, Evans dijo:

—Si el joven caballero se queda, me gustaría ser voluntario para ayudarlo, señor.

El capitán Knight lo consideró. Evans, como Jamie, sería de poca utilidad en la Fortaleza, y si los encontraran, cada hombre inútil sería una responsabilidad,

—Muy bien. Venga, Sargento, saque a los hombres. Buena suerte a los dos.

Cuando los soldados comenzaron a irse, Jamie miró un poco dudoso a su inesperado aliado:

—Gracias por ser voluntario. Es muy valiente de tu parte.

Evans puso una muca:

—¿Valiente, yo? No seas tonto, compadre. Simplemente no me gustaba estar atrapado en esa Fortaleza. Es la primera oportunidad que tengo de salir de aquí.

El grupo que rodeaba el mapa iluminado observó con preocupación cómo la Red continuaba avanzando.

—Ahí va Liverpool Street —dijo Weams—. Si esto sigue así, pronto podríamos estar completamente rodeados. Creo que deberíamos irnos mientras podamos.

Travers sacudió la cabeza:

—No. La decisión de evacuar solo puede venir del capitán Knight.

—Que resulta sigue desaparecido —señaló Anne Travers—. ¿No deberían enviar un grupo de búsqueda?

El cabo Blake parecía sombrío:

—Ya tenemos dos grupos, señorita. Solo tendremos que sentarnos y esperar.

—No pueden abandonarlo.

—No puedo arriesgarme a perder más hombres —dijo Blake obstinadamente. La discusión terminó cuando el capitán Knight entró en la habitación. Anne corrió hacia él.

—¿Estás bien?

—Más o menos —dijo Knight con cansancio—. Perdimos bastantes hombres.

El cabo Blake señaló el mapa:

—Mire esto, señor.

Knight miró el mapa con horror:

—¿Cuándo comenzó todo esto?

—Poco después de que te fueras —dijo Travers—. La sección sur también está en movimiento.

—Supongo que existe el peligro de que nos corten el paso —dijo Chorley con inquietud—. Capitán Knight, ¿no cree que debería evacuar?

—Si quiere irse, señor Chorley, puede intentarlo. ¿Qué pasa con el Doctor? —preguntó Travers.

—No hay señales de él. Una vez que el Yeti atacó, estábamos demasiado ocupados para mirar —Knight explicó lo que había sucedido en su expedición y les contó cómo Jamie había insistido en quedarse.

—Así que los tres están ahí afuera —dijo Anne Travers con tristeza. Le contó a Knight la desaparición de Victoria. El profesor Travers tiró preocupado de su barba:

—Estoy preocupado por los jóvenes, por supuesto, pero es el Doctor al que realmente quiero ver. Estoy convencido de que podría ayudarnos.

—Mejor no depender demasiado del Doctor —dijo Chorley con rencor—. Con el Yeti rondando esos túneles y la Red en movimiento nuevamente, el Doctor y sus amigos probablemente ya están muertos.

Jamie y su reacio aliado salieron de un túnel y subieron a la plataforma de la estación. Evans miró el letrero de la estación, cruzó hacia el mapa de pared y lo miró a la tenue luz de emergencia.

—Aquí estamos, Cannon Street —señaló triunfalmente su posición—. Bien fuera de la zona de peligro.

—Se supone que me llevarás de regreso a Kings Cross, donde viste a ese Yeti con la pirámide...

—¿En serio quieres encontrar un Yeti?

—Quiero encontrar esa pirámide y aplastarla —dijo Jamie con determinación—. Venga. Podemos ir en la línea circular. Monuments primero, y luego Tower Hill.

Evans gimió. Ignorando sus protestas, Jamie lo condujo al siguiente túnel. Después de otro largo vagabundeo, salieron a la estación de Monuments. Fueron a lo largo de la plataforma hasta el túnel, en dirección a Tower Hill. Solo habían unos pequeños pasos cuando Jamie se detuvo:

—¡Cada vez hay más luz!

Un resplandor pulsante venía del túnel delante de ellos. Se hizo más y más brillante...

Evans agarró el brazo de Jamie:

—Es la Red, avanzando hacia nosotros. Atrás, compadre.

Se giraron y volvieron corriendo hacia la estación de Monuments.

Cuando llegaron a la plataforma, ambos se detuvieron horrorizados. Una densa masa arremolinada rodaba por la plataforma hacia ellos. Parecía niebla, pensó Jamie, una niebla que de alguna manera se volvió horriblemente sólida. Brillaba y latía con vida malvada.

—No puedo avanzar, no puedo retroceder —jadeó Evans—. ¡Estamos atrapados!

Escapar de la Red

La masa brillante y palpitante de la Red rodó hacia ellos a aterradora cámara lenta. De repente oyeron un chillido electrónico agudo. Desde dentro de la Red salió un Yeti, sosteniendo una pequeña pirámide brillante. A medida que el Yeti se movía, la Red rodaba tras él, como un monstruo bien entrenado y obediente.

Jamie y Evans se volvieron para correr, pero el brillo del túnel que habían dejado era aún más brillante. Jamie miró a su alrededor desesperadamente, buscando alguna forma de escapar, pero no pudo ver ninguna. Estaban irremediablemente atrapados, atrapados entre dos masas de la Red que avanzaban. De repente, Jamie notó que el rifle aún colgaba del hombro de Evans. Lo agarró y lo puso en las manos del hombre.

—¡La pirámide! —gritó— ¡Dispara a la pirámide!

—Lo intentaré, compadre, ¡pero soy un tirador terrible!

Evans se llevó el rifle al hombro y disparó. No pasó nada. El Yeti marchaba cada vez más cerca, la Red rodaba detrás de él como una gran ola. Evans volvió a disparar. Aún nada.

—Tómatelo con calma, hombre —gritó Jamie—. Ahora es un tiro a bocajarro. ¡No puedes fallar!

Con el Yeti a solo unos metros de distancia, Evans entrecerró los ojos en concentración y disparó su tercer disparo. La pirámide de cristal explotó en fragmentos relucientes. El Yeti se detuvo, completamente inmóvil. El aullido electrónico se apagó. La Red también se detuvo, su brillo se desvaneció lentamente.

Jamie miró al Yeti inmóvil y dio un gran suspiro de alivio. Luego, detrás de él, escuchó el sonido de otra señal electrónica, cada vez más fuerte. Se dio la vuelta. La luz del túnel seguía pulsando. Se estaba volviendo más brillante y más cercana... Jamie de repente se dio cuenta de que la pirámide que habían destruido debía contener solo una

fracción del poder de la Inteligencia, lo suficiente para controlar a ese Yeti. Se dio cuenta de que Evans estaba tirando de su brazo.

—No te quedes ahí pasmado, compadre. ¡Salgamos mientras podamos!

Corrieron a través del arco de la plataforma, mientras la luz de la Red se aproximaba brillando constantemente detrás de ellos.

Victoria estaba cansada, perdida y asustada. Se había arrepentido durante mucho tiempo de su intento de advertir al Doctor, al darse cuenta de que no tenía ninguna esperanza de encontrarlo en el laberinto sin fin de túneles subterráneos. Había decidido regresar a la Fortaleza e intentar convencer a Anne Travers de la inocencia del Doctor.

Seguramente su padre hablaría por él. Desafortunadamente, cuando tomó esta decisión, ya estaba perdida, y le había llevado lo que parecían horas encontrar el túnel que conducía de regreso a la entrada subterránea de la Fortaleza. Pero por fin encontró el camino a la estación de Goodge Street y comenzó a caminar por el camino hacia el túnel que llevaba a la puerta de la Fortaleza.

Victoria estaba a punto de girar hacia el túnel cuando escuchó pasos. Rápidamente se metió en un hueco y se agachó. Haciéndose tan pequeña como le era posible, se asomó para ver. Aparecieron dos pares de botas, las primeras muy pulidas, las segundas viejas y desgastadas. A su alrededor se agitaban unos pantalones a cuadros bastante holgados. Con un chillido de alegría, Victoria se arrojó a los brazos del Doctor. Él dijo encantado:

—Victoria, mi querida niña, ¿dónde has estado? ¿Y dónde está Jamie?

—Salió a buscarte.

—¿Adónde?

Victoria se dio cuenta de que el Doctor no sabía nada de sus aventuras desde que se separaron. Ella le ofreció un relato rápido y confuso sobre la Fortaleza de Goodge Street:

—Está lleno de soldados, radios y maquinaria. El profesor Travers también está allí. El hombre que conocimos en el Tíbet solo que más mayor... y ahora es profesor...

—Lamento interrumpir esta entusiasta reunión... —se volvieron hacia Lethbridge-Stewart que los miraba con curiosidad— Me gustaría recibir las respuestas a una o dos preguntas. ¿Quién es esta joven dama?

—Cielos —dijo el Doctor—, parece que me estoy olvidando de mis modales. Victoria, este es el coronel Lethbridge-Stewart. Coronel, esta es Victoria.

Por primera vez, Victoria notó el revólver en la mano de Lethbridge-Stewart:

—¿Para qué nos está apuntando con esa cosa?

—Me temo que el Coronel todavía sospecha un poco de mí —dijo el Doctor con tristeza. De repente, Victoria lo recordó:

—Como Anne Travers... La hija del profesor Travers. Ella cree que *tú* estás controlando a los Yeti.

—Oh, ¿sí? —dijo Lethbridge-Stewart— La trama se complica, ¿no? Creo que es hora de que los lleve de vuelta a la Fortaleza.

—¿Conoces ese lugar, la Fortaleza, verdad? —preguntó el Doctor.

—Pues sí, lo conozco. Resulta que soy su oficial al mando.

El Coronel los condujo hacia el túnel lateral por el pasillo. Se detuvo junto a una simple puerta de hierro, la misma por la que Victoria había salido, y presionó un timbre oculto. La puerta se abrió y apareció un suspicaz centinela. Pronto reconoció a Lethbridge-Stewart, y los condujo al interior. Unos minutos más tarde, Victoria se encontró de nuevo en el entorno familiar de la sala común.

Ella y el Doctor comenzaron a relatar sus respectivas aventuras, mientras Lethbridge-Stewart se apoyaba contra la pared, una imagen de confianza relajada. El capitán Knight se apresuró a entrar en la habitación y saludó con elegancia. Lethbridge-Stewart le devolvió el saludo.

—Capitán Knight, soy el coronel Lethbridge-Stewart, asumiendo el cargo como su nuevo oficial al mando.

Los modales de Knight estaban un poco tensos. No era fácil cuestionar las credenciales de un oficial superior.

—Perdóneme, señor, pero no hemos recibido ninguna notificación formal de su llegada. Estábamos esperando un nuevo oficial, por supuesto, pero...

—¿No me conoce por Adam? Muy bien, me alegra que no se tome las cosas al pie de la letra.

Sacó un fajo de papeles y se los entregó. Knight los revisó cuidadosamente.

—Todo está en orden, señor. Bienvenido a la Fortaleza. Lamento que nos encuentre en tan mal estado. ¿Cómo llegó aquí, señor?

Lethbridge-Stewart se rio entre dientes:

—¡Por una ruta que dio una vuelta grande! Partí con el camión de municiones. Luego nos emboscaron. Me metí por un túnel lateral y me perdí.

—Evans no mencionó a ningún otro superviviente —dijo Knight.

—¿Evans?

—El conductor del camión. Él también escapó.

—Bueno, todo era bastante confuso. De todos modos, estuve dando vueltas por un tiempo y luego me encontré con este tipo, el Doctor.

Preocupado por el coronel, Knight apenas había notado la figura mansa sentada junto a Victoria. El Doctor se puso de pie:

—Me preguntaba cuándo ibas a acordarte a mí.

El profesor Travers entró corriendo en la habitación, con el pelo y la barba erizados de emoción:

—¡Doctor! Mi querido amigo, por fin has aparecido. No sabes lo contento que estoy de verte.

Se estrecharon las manos calurosamente. El Doctor, acostumbrado a los cambios provocados por el tiempo, no tuvo dificultad en reconocer a su viejo amigo:

—Palabra, viejo amigo, que ha pasado mucho tiempo, ¿verdad?

La voz grave de Lethbridge-Stewart los interrumpió:

—Supongo que conoce a este hombre, profesor Travers.

Travers dijo con impaciencia:

—Debería haber pensado que era bastante obvio. ¡Sin embargo, no le conozco a usted!

—Soy el coronel Lethbridge-Stewart, el nuevo oficial al mando.

Travers no estaba impresionado:

—¿Ah, sí? Bueno, el Doctor es un viejo y valioso colega mío. Su llegada nos da nuestra primera oportunidad real de resolver este problema.

—¿Y la chica?

—Victoria es mi asistente —explicó el Doctor apresuradamente.

—Venga, Doctor —dijo Travers con impaciencia—. Tenemos mucho trabajo por hacer. La Red se está cerrando, ya sabes, el tiempo se acaba. Te llevaré directamente a mi laboratorio. Tú también vienes, Victoria...

Todavía hablando, se llevó al Doctor y a Victoria.

—Supongo que le deja hacer lo que quiera al profesor Travers —comentó Lethbridge-Stewart secamente. Knight sonrió.

—No hay mucha alternativa, señor. Él es un viejo con bastante fuerza de voluntad. Además, está al cargo del lado científico. Tiene el trabajo más importante que hacer, así que simplemente lo dejo seguir adelante.

—*Nosotros* también tenemos un trabajo que hacer —dijo Lethbridge-Stewart con firmeza—. Estos tipos, los científicos, no pueden funcionar a menos que los protejamos. Tendré una reunión informativa formal más adelante, pero en este momento me gustaría que me pusiera al tanto de todo. Solo dígame todo lo que ha estado sucediendo.

Mientras el capitán Knight contaba la larga historia de sus intentos de lidiar con los Yeti y la Red, el Doctor escuchaba un relato de las cosas por Travers.

—Seguro que es la Inteligencia —concluyó Travers sombríamente.

—¿Yo no? —preguntó el Doctor suavemente. Travers lo miró boquiabierto:

—¿Eh? ¿Qué quieres decir?

El Doctor asintió hacia Anne:

—Supongo que esta joven tenía una o dos sospechas.

Anne parecía avergonzada y Travers gruñó:

—Solo charla improductiva, Doctor. Pronto la enderecé, ¿no, Anne?

Ella asintió. Ahora que había conocido al Doctor, le parecía imposible asociar esta figura suave y gentil con algo tan malvado como la Inteligencia. Desafortunadamente, parecía casi igual de difícil verlo como el brillante científico descrito por su padre. El Doctor le sonrió y dijo:

—Estoy de acuerdo con el profesor Travers, ciertamente estamos tratando con nuestro viejo enemigo del Tíbet. Y diré algo más. ¡Supongo que la Inteligencia fue directamente responsable de traerme a *mí* aquí!

—¿Por qué debería hacer eso? —preguntó Anne.

—Venganza, tal vez. Es extremadamente *engreída*, y debe haber odiado la derrota, o tal vez tiene algún otro motivo, uno que aún no conocemos.

Travers parecía preocupado.

—Gracias a Dios que lograste darle esquinazo, Doctor. Lo terrible es que siento que es todo culpa mía —hizo un gesto hacia un banco lleno de recuerdos de Yeti: esferas de control dañadas, partes de Yeti rotas, incluso algunos de los pequeños modelos de Yeti que la Inteligencia usaba como controles—. Traje todo esto del Tíbet conmigo. Los monjes se alegraron de ello. Había un Yeti intacto y completo con esfera de control. Necesitaba el dinero, así que vendí el Yeti al museo Julius. Mantuve la esfera de control. Estaba decidido

a averiguar cómo funcionaba. Jugueteeé con ella durante años de forma intermitente... Justo cuando parecía tener éxito, desapareció.

—De vuelta al Yeti del museo —dijo el Doctor—. Una vez que la esfera comenzó a funcionar, la Inteligencia pudo concentrarse en ella y ponerse a trabajar nuevamente.

Travers asintió con la cabeza:

—El Yeti del museo le proporcionó un par de manos ya hechas.

—Me imagino que ahora también habrá encontrado un agente *humano* —dijo el Doctor—. Así funcionaba en el Tíbet. Alguna pobre alma, exteriormente normal, pero en realidad completamente controlada por la Inteligencia.

Mientras consideraban este pensamiento incómodo, el Capitán Knight entró en la habitación. Miró a su alrededor, al grupo silencioso, y habló con fingida severidad.

—¡Vuelvan a la vida, soñadores! El nuevo oficial al mando quiere que todos asistan a una reunión informativa.

Anne sonrió, entendiendo la broma:

—Todavía no estamos en el ejército, ya sabes.

Knight sonrió:

—Será mejor que se lo digas al Coronel. Inicio en la Sala Común en unos minutos, ¿de acuerdo?

Cuando se volvió para irse, Victoria preguntó:

—Supongo que no hay noticias de Jamie.

Knight negó con la cabeza, su rostro grave.

—No —dijo suavemente—. Me temo que no las hay. Todavía sigue desaparecido.

Jamie y Evans estaban descansando en la estación de Tottenham Court Road. Evans buscó a tientas en los bolsillos.

—No tienes algo de cambio, ¿verdad, compadre? Me apetecía una chocolatina.

Jamie sacudió la cabeza. Evans se acercó a una máquina de chocolate cercana y le dio al tirador un tirón esperanzado. Para su sorpresa, el cajón se abrió, revelando una barra de chocolate.

—Bueno, algo bueno —dijo encantado. Rompió la barra en dos y le dio la mitad a Jamie—. Venga, vamos a movernos.

—De repente tienes prisa.

Evans estaba mirando el mapa.

—He estado pensando. Con suerte, estos Yeti son como un rayo: no golpearán dos veces en el mismo lugar. Estamos bastante cerca de Holborn desde aquí. Ahí es donde yo me bajo. Si puedo regresar a mi camión, estaré lejos como un rayo.

—¿No volverás al cuartel, entonces?

—No me necesitan, ¿verdad? Solo sería un obstáculo. De todos modos, soy conductor, ¿sabes? Se supone que no me tengo que involucrar en todas estas cosas peligrosas.

—Oh, todo lo que te interesa es salvar tu propia piel —dijo Jamie con desdén. Evans sonrió abiertamente.

—Bueno, es la única que tengo —explicó razonablemente—. Mira, compadre, no tienen ninguna posibilidad en esa Fortaleza. Salta conmigo mientras puedas.

Jamie sacudió la cabeza:

—Yo no me voy a ir sin mis amigos.

Evans se puso de pie:

—Bueno, lamento dejarte, compadre. Pero tienes que ocuparte del número uno en este mundo.

Con un saludo alegre, saltó de nuevo a la línea y desapareció por el túnel hacia Holborn. Jamie terminó su chocolate y fue a estudiar el mapa.

Si pudiera llegar a la línea Norte, la siguiente estación sería Goodge Street. Si la Red no hubiera bloqueado los túneles... Jamie atravesó el arco de la estación y siguió las indicaciones hacia la línea Norte. La estación vacía estaba sombría y cavernosa con la tenue iluminación de emergencia y sus pasos resonaban con un siniestro vacío. Jamie estaba bastante nervioso cuando encontró la plataforma correcta y saltó a la pista. Caminó por los túneles por un tiempo, escuchando el sonido de sus propios pasos. Luego se detuvo. Cada paso tenía un eco. Alguien lo seguía por el túnel. Se detuvo de nuevo. Los pasos también se detuvieron. Siguió adelante, y los pasos fantasmales lo siguieron. Jamie lanzó un soplo, se metió en un hueco y esperó.

Después de un momento de vacilación, los pasos comenzaron de nuevo, acercándose. Para su sorpresa, Jamie vio a Evans arrastrándose por el túnel. Jamie salió de su escondite y gritó:

—¡Boo!

Evans saltó. Jadeó de alivio.

—Me diste un buen susto, compadre.

—Pensé que ibas a Holborn.

—Bueno, cambié de opinión. Empecé a pensar en lo que dijiste, en abandonar a mis compañeros...

Jamie le dirigió una mirada escéptica. Evans dijo:

—Oh, está bien, vale. Traté de salir pero las puertas estaban cerradas. ¡Me asusté al estar solo y vine a buscarte!

Jamie lo miró con exasperación, pero luego se encontró sonriendo. Había algo bastante desarmador en la franca timidez de Evans.

—Oh, venga, hombre. Intentemos volver a la Fortaleza. Tal vez el Doctor ya haya aparecido.

El Doctor se sentaba pacientemente en la sala común mientras el coronel Lethbridge-Stewart les daba una conferencia sobre la crisis. El Doctor ya había conocido la mayor parte de la información por Travers, pero fue interesante verlo todo en orden.

Lethbridge-Stewart era muy minucioso. Utilizando un proyector de diapositivas como ayuda visual, los llevó a través de toda la historia de los eventos, comenzando con la desaparición de la esfera reactivada de Travers, seguida de la desaparición del Yeti en el museo. Cubrió las primeras apariciones de la niebla, seguido por la aparición de la Red en los túneles y finalmente la llegada de los Yeti. Describió las contramedidas del Gobierno, la creación de una unidad de investigación científica encabezada por Travers, aquí en la antigua Fortaleza de uso militar de Goodge Street, con una unidad del ejército para protegerla.

—Desafortunadamente, el enemigo ha contraatacado con vigor. La Red se ha acercado constantemente a pesar de todos nuestros intentos por detenerla —señaló un mapa de pared—. En la superficie cubre aproximadamente el área encerrada por la línea circular. Bajo tierra, gran parte de esa misma área ahora está invadida por la Red. Estamos asediados —el Coronel volvió a meter el bastón debajo del brazo—. Demasiado pasado. Ahora veamos algunas sugerencias constructivas. ¿Profesor Travers?

Obviamente, a Travers no le importaban los modales militares del coronel. Murmuró bastante malhumorado:

—He estado trabajando en un método para bloquear las transmisiones de los Yeti. Mi hija está tratando de desarrollar una unidad de control para apagarlos. Hasta ahora no hemos tenido mucho éxito. Ahora que el Doctor está aquí, espero que lo hagamos mejor.

El Doctor sonrió modestamente, pero no dijo nada. Lethbridge-Stewart dijo:

—¿Capitán Knight?

—Tampoco hemos tenido mucho éxito, señor. Las comunicaciones son nuestro principal problema. La niebla y la Red absorben las ondas de radio la mayor parte del tiempo, especialmente a cualquier distancia. Los Yeti cortaron las líneas telefónicas tan pronto como llegaron. Hemos intentado volar túneles para retener a la Red, pero también han saboteado eso. Nos estamos quedando sin suministros y explosivos, particularmente

granadas de mano. Cada vez que un camión intenta pasar, los Yeti lo emboscan. Parecen saber lo que planeamos hacer antes de comenzar.

Cuando terminó su historia de aflicción, Knight pareció ignorar las implicaciones de sus palabras, pero no se perdieron para el Doctor. Miró alrededor de las caras en la habitación.

Travers y su hija, Harold Chorley, el coronel Lethbridge-Stewart, el capitán Knight, el sargento Arnold rígido para llamar la atención. ¿La Inteligencia ya había elegido a su agente? Podría ser cualquiera en la habitación, excepto, por supuesto, él y Victoria.

Chorley se puso de pie de un salto:

—¿No es hora de que comencemos a discutir planes de evacuación, Coronel? La Red está cada vez más cerca y pronto será demasiado tarde.

—No habrá evacuación. Esta Unidad permanecerá en su puesto e intentará derrotar al enemigo hasta el último momento posible.

—¡Entonces morirán todos aquí!

—¡Siéntese, señor Chorley! —el latigazo de autoridad en la voz del Coronel golpeó a Chorley para sentarse de nuevo. Weams se apresuró a entrar en la habitación con una hoja de papel.

—Últimas noticias de los movimientos de la Red, señor.

El Coronel estudió el informe, con el rostro grave.

—Queensway, Lancaster Gate, Strand, Chancery Lane, todo desapareció en la última media hora —se movió hacia el mapa en la pared—. ¿Cuánto tiempo cree que tenemos, Profesor?

Travers estudió el mapa:

—Difícil de decir. A este ritmo, tenemos horas en lugar de días.

—Necesitamos tiempo —dijo el Doctor—. Tiempo para que Travers y yo encontremos la solución. Si puedes volar este túnel de aquí —señaló el mapa—, podemos sellarnos un poco.

Lethbridge-Stewart asintió con aprobación:

—Buena sugerencia práctica. ¿Explosivos, capitán Knight?

—Lo suficiente para el trabajo, señor.

—Disculpe, señor —dijo el sargento Arnold—. ¿Y si el Yeti sofoca la carga como lo hizo la última vez?

El Doctor lo miró pensativo:

—¿Tienes algo sobre ruedas? ¿Algo que realmente corra por las vías?

Knight miró a Arnold, quien dijo:

—Creo que hay un carrito de equipaje en los almacenes, en alguna parte. Podríamos ajustar el calibre de la rueda...

—Entonces es simple. Cargad los explosivos en el carro y conectad un dispositivo de sincronización. Explotad la cosa mientras aún está en movimiento, antes de que los Yeti puedan usar su arma de redes.

—Excelente idea —acordó el Coronel aún más entusiasmado.

—Espléndido —dijo el Doctor—. Capitán Knight, si usted y el Sargento buscan el carro, el Profesor y yo armaremos un detonador.

De alguna manera, el Doctor parecía haberse puesto al mando. Hubo un movimiento general de movimiento cuando todos comenzaron a salir.

—¿Qué hay de mí? —dijo Chorley lastimeramente.

—Le gustaría ayudar, ¿verdad? —dijo el Coronel con entusiasmo— Espléndido, puede ser un oficial de enlace, realizar un seguimiento de todo nuestro progreso. Cabo Blake, dele al señor Chorley todo lo que necesite. Creo que echaré un vistazo general, me orientaré... Avíseme cuando las cosas estén organizadas.

Se apresuró a salir de la habitación. El soldado Weams miró al capitán Knight.

—Las cosas parecen moverse un poco, señor. ¿Cree que la idea del Doctor funcionará?

Knight miró el mapa, pensando en el avance implacable de la Web.

—Será lo mejor... —dijo con gravedad— Vamos, a los almacenes.

Los soldados se fueron, Victoria y Anne siguiendo al Doctor y Travers. Chorley estaba solo, mirando el mapa.

Una expresión de frío cálculo se extendió lentamente por su rostro...

Poco tiempo después, la Fortaleza estaba llena de actividad. Blake y Weams estaban en la sala de operaciones, calculando los movimientos de la red. Travers, Anne y el Doctor, observados por Victoria, estaban armando felizmente un detonador y un dispositivo de sincronización a prueba de Yetis. Una partida de soldados luchaba con un pesado carro de equipajes. En medio de toda esta actividad, alguien se movió en silencio por el corredor exterior y abrió las abrazaderas de la puerta que conducía a los túneles. La fortaleza estaba abierta al ataque.

El regreso de los Yeti

Victoria dejó el pequeño Yeti con un estremecimiento. La última vez que había visto un modelo así había estado en manos del viejo monje, Padmasambvha. Controlado por la gran Inteligencia, estaba usando el modelo para convocar a los Yeti para su ataque al monasterio Det-Sen. El Doctor levantó la vista de su trabajo.

—Palabra que eso me resulta familiar. No funciona, ¿verdad?

Anne Travers sacudió la cabeza:

—Está muerto, como los demás, los cuatro.

Victoria miró al banco:

—¿Cuatro? Aquí solo hay uno.

Travers habló abstractamente:

—Los demás deben estar en algún lado. Echa un vistazo, ¿quieres?

El Doctor y Travers volvieron a su trabajo, mientras que Victoria comenzó a buscar entre la confusión de componentes electrónicos y reliquias de Yeti en el banco de trabajo. Pero no encontró el modelo desaparecido de Yeti. Manos invisibles ya habían colocado uno de ellos en un rincón oscuro fuera del almacén de explosivos.

El modelo Yeti estaba emitiendo un débil pitido electrónico casi inaudible.

En el túnel cerca de la Fortaleza, un Yeti permanecía inmóvil, esperando. Cuando la señal del modelo lo alcanzó, cobró vida y comenzó a avanzar lentamente hacia la Fortaleza.

El profesor Travers hizo algunos ajustes de última hora en su detonador:

—Ya está, Doctor, ¿esto es lo que querías?

—Espléndido, viejo amigo. Simplemente lo conectaré a mi mecanismo de sincronización...

El Doctor comenzó a conectar el detonador de Travers a un intrincado dispositivo de su propia construcción. De pronto notó que Victoria estaba a punto de llorar:

—¿Qué diablos pasa, querida?

—¿No lo ves, Doctor? Te has olvidado por completo de Jamie. Si este plan tuyo funciona, ¡lo perderemos también!

El Doctor se detuvo y le pasó el brazo por los hombros:

—No he olvidado a Jamie, querida, ni por un momento. Pero tengo que pensar en la vida de cada persona en esta Fortaleza. Y no podemos derrotar a la Inteligencia o ayudar a Jamie, a menos que logremos sobrevivir nosotros mismos.

Tras darle una palmadita en la espalda, el Doctor regresó a su trabajo.

La puerta de la Fortaleza se abrió suavemente, revelando la imponente figura de un Yeti. Sostenía una pistola en sus manos gigantes. El Yeti se detuvo por un momento, luego se dio la vuelta al recibir una señal. Moviéndose con asombrosa quietud, avanzó por el pasillo hasta una puerta marcada con el cartel "PELIGRO: EXPLOSIVOS". Un enorme candado de metal aseguraba la puerta. El Yeti extendió una enorme garra y retiró el candado como si estuviera hecho de plastilina. Arrojó el candado a una esquina, al lado del modelo Yeti, y luego entró pesadamente en el almacén de explosivos.

En la Sala de Operaciones, el Doctor le mostró el dispositivo vinculado al coronel Lethbridge-Stewart:

—Estará listo para explotar sesenta segundos después de activarlo. Puede variar el tiempo con este control de aquí. Si hace rodar el carrito desde la parte superior de una pendiente, debería tener tiempo suficiente para hacerlo.

—¿Y si el Yeti llega primero?

—Si alguien interfiere con el dispositivo, se apagará inmediatamente —dijo el Doctor con simple orgullo. Lethbridge-Stewart asintió con aprobación. Un pequeño tipo gracioso este Doctor, pero ciertamente sabía lo qué hacía. El sargento Arnold se apresuró:

—Creo que estamos en problemas, señor. Cuando fuimos a sacar el carrito, nos encontramos la puerta principal abierta.

—¿Por qué no estaba vigilada? —Espetó el Coronel. El capitán Knight había seguido al Sargento a la habitación:

—Me temo que hubo una confusión, señor. El centinela fue requerido para el grupo del carrito. El sargento Arnold pensó que yo lo había reemplazado, yo pensé que lo había hecho él. Asumo toda la responsabilidad, señor.

—Perdón, señor, pero fue mía —ofreció Arnold—. No debí entender bien la orden.

—Resolveremos las culpas más tarde —dijo el Coronel sombríamente—. Quiero saber qué está pasando aquí.

—Me temo que hay cosas peores, señor —dijo Knight—. Uno de los hombres encontró esto en el suelo, frente al almacén de explosivos. *Esto* estaba a un lado.

Knight extendió los restos retorcidos de un candado pesado, y uno de los modelos Yeti desaparecidos. Los puso en una mesa cercana. El Doctor dijo:

—¿Alguien ha estado allí desde que sucedió esto?

Knight negó con la cabeza:

—Puse un guardia en la puerta y vine a informar de inmediato.

Lethbridge-Stewart ya estaba en camino, y Knight y el Doctor lo siguieron. Weans tomó el modelo Yeti de la mesa y lo examinó con curiosidad.

Dos soldados permanecían nerviosos en el pasillo, con las armas apuntando a la puerta del almacén de explosivos, mientras Lethbridge-Stewart y su grupo se detenían y escuchaban. Todo estaba en silencio.

—¿Cree que hay alguien ahí, Doctor? —susurró Knight.

—Alguien o algo —respondió el Doctor sombríamente—. Y solo hay una forma de averiguarlo —antes de que nadie pudiera detenerlo, el Doctor se adelantó y abrió la puerta, revelando una visión que congeló a todos de horror. Todo el almacén estaba lleno de la masa pulsante y brillante de la Red. El Doctor cerró la puerta de golpe y dio un paso atrás—. Bueno —dijo suavemente—. ¡Ahora lo sabemos! Mantendría esa puerta totalmente cerrada si fuera vosotros.

Knight miró a Arnold, quien agarró al soldado más cercano y comenzó a emitir una serie de órdenes. Knight, Lethbridge-Stewart y el Doctor regresaron a la sala de operaciones. El Coronel estaba sumido en sus pensamientos.

—¡Holborn! —dijo de repente— Capitán Knight, ¿recuerda cuando fue a recuperar las municiones del camión de suministros de Holborn?

—Tuvimos que volar aquello, señor, cuando fuimos atacados.

—Pero usted no llevaba *toda* la munición, ¿verdad? Alguna tuvo que quedar en Holborn. Todavía puede estar allí.

—Tal vez sí —acordó el Doctor con dudas—. Pero dado que los Yeti se han ocupado de los explosivos aquí, probablemente hayan hecho lo mismo con el resto de las cosas de Holborn.

—Todavía es una oportunidad —insistió el Coronel—. Y parece ser la única que tenemos.

El Doctor sabía que era inútil tratar de discutir. Lethbridge-Stewart era el tipo de soldado que no sabía el significado de la rendición. Si lo peor llegaba a ser lo peor, moriría luchando contra el enemigo con sus propias manos. El sargento Arnold entró y saludó:

—Búsqueda completa, señor. No hay señales de Yetis dentro de la Fortaleza.

—Excelente. Prepare un escuadrón para partir hacia Holborn de inmediato.

—¡Señor! —Arnold saludó nuevamente y salió de la habitación. Lethbridge-Stewart se volvió hacia el Capitán Knight—. Mejor dígame al Profesor lo que estamos haciendo.

—¿Qué pasa con nuestro oficial de enlace, el señor Chorley?

—Cuanto menos se le diga, mejor. Solo le dimos el trabajo para mantenerlo callado. Dejaré a algunos hombres atrás, Doctor. Usted y el Profesor estarán a salvo aquí.

—¿De verdad? No olvide, Coronel que alguien aquí está bajo el control de la Inteligencia. Esa puerta no se abrió sola, y alguien tuvo que colocar este modelo para guiar al Yeti.

—Traidor en el campamento, ¿eh? ¡Entonces debemos encontrarlo!

—¿Cómo? Nos estábamos moviendo por todos lados cuando sucedió. Podría haber sido cualquiera, incluso usted, Coronel.

—¿O usted, Doctor? —se miraron por un momento, y luego el coronel sonrió— Tenemos que confiar en nosotros mismos, Doctor, así que bien podríamos comenzar el uno con el otro. Vigilaré a mi grupo, usted se encargará de las cosas aquí, ¿eh?

El Doctor asintió, curiosamente complacido por la confianza del Coronel. El Coronel era un tanto estirado, pero era un hombre en el que se podía confiar. Sin darse cuenta de que este era el comienzo de una larga amistad, ambos salieron rápidamente de la habitación.

En la Sala Común, Victoria estaba conversando con Harold Chorley. Ella había ido a preparar un té y lo encontró allí sentado solo, un oficial de enlace con el que nadie quería ponerse en contacto. Parecía agradecido por su compañía y estaba siendo excepcionalmente encantador. Chorley era un entrevistador experto, que sabía cómo usar el enfoque suave cuando le venía a cuenta. Para su sorpresa, Victoria pronto le contó todo sobre la TARDIS. Chorley escuchó, luchando por comprender.

—¿Y dices que esa máquina del Doctor podría sacarte de aquí?

—Sí, por supuesto que podría. La TARDIS puede ir a cualquier parte.

—¿Y todavía está en Covent Garden, donde la dejasteis?

—Supongo que sí.

—Entonces, ¿por qué el Doctor no la usa para rescatarnos a todos?

—Supongo que lo hará si no hay otra alternativa. Pero no se irá hasta que aparezca Jamie. Y ahora van a volar el túnel... —Victoria contuvo un sollozo. El Doctor entró en la habitación y los miró, sintiendo algo extraño en la atmósfera. Chorley habló con voz tensa:

—Estábamos hablando de usted, Doctor... No me había dado cuenta de... —de repente, salió corriendo de la habitación. El Doctor lo miró con asombro:

—¿Qué le pasa?

—Creo que está preocupado con la voladura del túnel.

—No necesita estarlo. Dudo que tengan éxito —dijo el Doctor—. De todos modos, ¿por qué debería preocuparse por eso?

—Tiene la idea de que podrías llevarnos a todos en la TARDIS. No quiere que nos separemos de ella.

—Victoria, no le habrás hablado de la TARDIS, ¿verdad? —Victoria asintió con la cabeza. Era imposible explicar el impacto del encanto de Chorley.

—¿No creerás que quiere robarla? —preguntó ella con alarma repentina.

—No lo dejaría pasar —el Doctor intentó abrir la puerta. Estaba cerrada—. ¡Oh, Victoria! —dijo con reproche. Victoria comenzó a llorar.

Cuando Harold Chorley se apresuró a la salida de la Fortaleza, se sorprendió al encontrarla abierta. Jamie y Evans, por fin, acababan de ser admitidos por un centinela sospechoso.

—¿Ya se ha ido el grupo del Coronel? —jadeó Chorley sin aliento. Fue Jamie quien respondió:

—Sí, ya se fueron a Holborn. Los cruzamos en el camino por el túnel.

Antes de que alguien pudiera detenerlo, Chorley se lanzó al túnel. El centinela decidió que podía cuidar de sí mismo, y cerró y atrancó la puerta nuevamente. Jamie y Evans se movieron por los corredores de la Fortaleza. Escucharon un golpe sordo desde la puerta de la Sala Común, que parecía estar cerrada por fuera. Jamie abrió la puerta. Victoria y el

Doctor casi se cayeron encima de él. Hubo una reunión breve y entusiasta que el Doctor interrumpió diciendo con urgencia:

—Jamie, ¿has visto a Chorley?

—Sí, hace solo un minuto. Salió cuando entramos. Parecía estar un poco alterado.

—¡Vamos! —el Doctor corrió por el pasillo. Jamie y Victoria se miraron impotentes y se pusieron en marcha. Después de un momento de vacilación, Evans los siguió. Claramente estaba pasando algo desagradable allí, y no quería enfrentarlo solo. Tal vez habría seguridad en la cantidad de efectivos. Los alcanzó justo cuando el Doctor estaba persuadiendo a los reacios centinelas para que abrieran la puerta principal una vez más.

—¿Qué cree que soy? —se quejó uno de ellos— ¿El portero de Harrods?

Jamie, el Doctor, Victoria y Evans salieron corriendo a los túneles. El centinela cerró la puerta detrás de ellos y se volvió hacia su compañero:

—Esta vez se quedará cerrada.

Una forma gigante comenzó a moverse silenciosamente por el pasillo hacia ellos.

Travers arrojó sus pinzas con disgusto y levantó la vista de la esfera de control:

—Bueno, ¿dónde está el Doctor, entonces? Llegué tan lejos como pude sin su ayuda. Te da un trabajo que hacer y luego desaparece.

Anne sonrió:

—¿Debo ir a ver si ya ha regresado?

Antes de que Travers pudiera responder, hubo un golpe lejano y un grito ahogado. Travers se puso de pie:

—Quédate aquí, Anne.

Ignorando sus protestas, él se movió hacia el corredor. Todo parecía tranquilo. Travers comenzó a moverse hacia la dirección del sonido. El ruido parecía provenir de la sala de operaciones. Caminó por el pasillo y miró dentro.

El soldado Weams yacía en el suelo. Travers corrió hacia él de inmediato y se arrodilló junto al cuerpo. Weams estaba muerto irremediablemente, su cuello roto por un solo golpe salvaje. En el suelo, junto a él, yacía un modelo Yeti.

Cuando Travers lo tomó, una sombra cayó sobre él. Él levantó la vista. Avanzando hacia él, estaba la forma enorme de un Yeti. Travers se levantó y retrocedió. El Yeti se acercó, agarrándolo...

9

¡Secuestrado!

El primer pensamiento de Travers fue para su hija. Retrocedió hacia la puerta, gritando tan fuerte como pudo.

—¡Anne! ¡Los Yeti están aquí! ¡Corre y escóndete!

El Yeti se abalanzó sobre él.

En el laboratorio, Anne Travers escuchó la voz de su padre:

—Anne... Los Yeti... escóndete...

De repente la voz se quebró. Corrió hacia la puerta... y hacia un Yeti. El brazo del Yeti apareció en un barrido casual que envió a Anne volando por la habitación. Se estrelló contra un banco de trabajo, se deslizó y rodó por debajo. El Yeti miró su forma arrugada e inmóvil. Metódicamente comenzó a destruir el laboratorio. Cuando el lugar estaba en ruinas, se volvió y se alejó.

A medida que avanzaba por el pasillo, apareció otro Yeti de la Sala Común. Arrastró al inconsciente Travers detrás de él, como un niño arrastra un oso de peluche por un brazo. Los dos Yeti y su cautivo se movieron hacia la salida.

La puerta estaba abierta, los cuerpos con telarañas de los centinelas estaban tumbados a su lado. Los Yetis, con su prisionero, desaparecieron en los túneles.

Jamie, el Doctor y el soldado Evans corrían por los túneles en dirección a Covent Garden. Jamie trató de discutir con el Doctor, algo nunca fácil de hacer, particularmente cuando se corría a toda velocidad,

—¿Qué importa si ese Chorley llega a la TARDIS? No puede manejarla. Ni siquiera podrá entrar.

—Nada si es un ser humano normal, Jamie. Pero, ¿y si está controlado? Lo último que queremos es la TARDIS en manos de la Inteligencia.

—Sí, tienes razón —Jamie se estremeció al pensarlo.

—Ya casi llegamos —dijo el Doctor alentadoramente—. Si bajamos por este túnel de aquí... —se volvió y se detuvo, señalando— ¡Mirad! —una masa brillante y pulsante llenó el túnel delante de ellos— La Red nos ha ganado.

Victoria tiró de las mangas del Doctor:

—¿Entonces no podemos llegar a la TARDIS después de todo?

—Me temo que no, Victoria.

Jamie miró la Red resplandeciente con desagrado, recordando cómo casi lo había atrapado:

—¿Qué le pasó a Chorley?

—Justo lo que estaba pensando, Jamie. Me pregunto si llegó a la TARDIS antes de que llegara la Red —el Doctor comenzó a caminar hacia la masa brillante. Jamie trató de detenerlo:

—Doctor, ¡no seas tan tonto!

—Está bien, Jamie, no parece estar en movimiento. Solo quiero una muestra para análisis. ¿Alguien tiene algo donde guardarlo?

Evans sacó una lata gastada y brillante:

—Tengo esto, pero le tengo mucho aprecio.

El Doctor le quitó la lata, la abrió y sacó el contenido: un poco de tabaco seco y un paquete de papeles de cigarrillos.

—Con cuidado, es mi bebé —protestó Evans.

—Fumar es muy malo para ti —reprendió el Doctor. Se acercó a la Red y sacó un par de pinzas de su bolsillo, usándolas para sacar un fragmento de la Red lejos de la masa principal. Dejando caer la curiosa sustancia algodonosa en la lata, se la devolvió a Evans —. Aquí está tu preciosa lata, *cuídala*.

Como resentida por el ataque del Doctor, la Red comenzó a brillar y latir con luz, emitiendo un fuerte chillido electrónico. Poco a poco comenzó a hincharse hacia ellos.

—Lo has vuelto a encender —dijo Jamie. El Doctor llamó a sus compañeros:

—Vamos todos, salid de aquí.

Se lanzaron por el túnel, dejando atrás la Red furiosamente pulsante tras ellos. Al doblar una esquina, se encontraron de repente con un grupo de soldados, que instintivamente movieron sus rifles para apuntarles.

—Muy bien, Sargento —gritó Evans—, no dispare, solo somos nosotros.

El sargento Arnold bajó su rifle:

—Algún día me dará un susto de muerte, muchacho.

El Doctor, Jamie y Victoria lo alcanzaron.

—¿Alguna suerte con los explosivos en Holborn? —preguntó el Doctor. Arnold sacudió la cabeza:

—La Red nos ganó. Bloqueó los túneles justo antes de llegar nosotros.

—Sí —dijo Jamie—, nos pasó lo mismo. Parece saber lo que estamos planeando cada vez. ¿Qué estáis haciendo vosotros aquí?

—Esperando al Coronel. Ha llevado un grupo de reconocimiento para ver si pueden encontrar un camino a Holborn por la línea Piccadilly. Si no regresan, asumimos que el camino está abierto y los seguimos. ¿Qué están haciendo ustedes?

—Buscando a Chorley —explicó el Doctor—. Parece haberse perdido.

Arnold gruñó:

—Eso no romperá el corazón de nadie. Me gustaría que volvieran al cuartel general enseguida, por favor, Doctor. Estos túneles no son lugar para civiles.

Era obvio, por el tono de Arnold, que se trataba de una orden en lugar de una solicitud. El Doctor aceptó las instrucciones mansamente:

—Creo que tienes razón. Tengo trabajo que hacer de todos modos, y he tomado una muestra de la Red. Quiero mostrárselo al profesor Travers.

Arnold asintió con desdén:

—Vaya, Doctor. Se lo contaré al Coronel cuando lo vea. Bien, muchachos, hora de ponernos en marcha.

Los soldados se alejaron, y el Doctor y su pequeño grupo se apresuraron hacia el cuartel. El resto del viaje fue lo suficientemente tranquilo. Pero cuando llegaron a la puerta de la Fortaleza, estaba abierta de par en par y la luz entraba en el túnel de forma débil. Entraron, deteniéndose horrorizados al ver los cuerpos con telarañas. El Doctor los hizo pasar rápidamente.

—Vamos, debemos descubrir lo que pasó.

Miraron hacia la Sala Común vacía, luego continuaron por el pasillo. Cuando se acercaron al laboratorio de Travers, escucharon un leve gemido. Se apresuraron a entrar y vieron a Anne Travers luchando por ponerse de pie. El Doctor corrió a ayudarla. Ella lo miró con miedo.

—Los Yetis... ¿Se han ido?

El Doctor asintió:

—No hay señales de ellos ahora.

—Mi padre... ¿Qué le ha pasado?

El Doctor la condujo a un asiento:

—No te preocupes, lo encontraremos. Cuídala, Victoria, ¿quieres? Mejor id a la Sala Común y límpiale ese corte.

El Doctor, Jamie y Evans buscaron en la Fortaleza a Travers, pero no encontraron rastros de él, vivo o muerto. Mientras se dirigían a la Sala Común, Jamie dijo:

—¿Qué crees que le sucedió, Doctor?

—El Yeti debe haberlo atrapado.

—¿Por qué harían eso? —exigió Evans— ¿Por qué no simplemente matarlo?

—No lo sé, a menos que lo necesiten...

Escucharon el ruido de unas botas. Lethbridge-Stewart, Knight, Arnold y un grupo de soldados llegaron corriendo por el pasillo. El Doctor los saludó con alivio.

—Me alegra ver que están bien. ¿Entonces no llegaron a Holborn?

El Coronel sacudió la cabeza:

—La Red estaba bloqueando los túneles. Doctor, ¿qué demonios ha pasado aquí?

—Los Yeti irrumpieron cuando estábamos buscando a Chorley. Creemos que se han llevado al profesor Travers.

—¿Cómo entraron?

—Presumiblemente, alguien los ayudó de nuevo.

El Coronel sacudió la cabeza, desconcertado:

—Una vez dentro, podrían haber destruido toda la Fortaleza. O tendido una emboscada al resto de nosotros.

—Vinieron por Travers. Y se lo llevaron.

—¿Por qué harían eso?

El Doctor se encogió de hombros:

—¿Quién sabe? Quizás les sirva para algo.

Fueron interrumpidos por el cabo Blake:

—Creo que es mejor que venga a ver el panel indicador, señor.

El Doctor fue con Lethbridge-Stewart a la Sala de Operaciones y se quedó mirando el mapa. Una por una, las luces indicadoras de la estación se encendían y apagaban. Oxford Circus, Green Park, Trafalgar Square. Solo había cinco luces quietas en el tablero: Piccadilly Circus, Leicester Square, Tottenham Court Road, Goodge Street y Warren Street.

—Esta vez la Red realmente se está acercando —dijo el Coronel sombríamente. El Doctor asintió:

—Claramente somos la mosca. ¿Pero dónde está la araña?

—Ayude a los demás a salir de aquí, ¿puede usted, cabo Blake? —dijo el Coronel. Cuando Blake se fue, se volvió hacia el Doctor— Esta teoría tuya de que alguien entre nosotros está trabajando con los Yeti. ¿Podría haber sido Travers todo el tiempo?

—Lo dudo. ¿Por qué organizar el ataque? Simplemente podría haberse ido y unirse a ellos. Ahora Chorley ha desaparecido también en silencio y yo diría que era un candidato mucho más probable. Por otro lado, la persona aliada con la Inteligencia aún podría estar entre nosotros.

—¡Soy incómodamente consciente de ese hecho! Bueno, ¿qué pasa ahora?

—Debo continuar con el trabajo de Travers tan rápido como pueda.

—¿Cree que puede tener éxito a tiempo, Doctor?

—Para ser sincero, no estoy seguro —respondió el Doctor con tristeza—. Con el estado en que se encuentra el laboratorio... Bueno, si pudiera llegar a la TARDIS... Tengo todo tipo de equipo allí... Pero eso es imposible.

—¿Dónde está esa TARDIS suya?

—En algún lugar cerca de Covent Garden.

—¿Y cómo es?

—Parece una cabina de policía —dijo el Doctor simplemente—. Pero no hay posibilidad de llegar a ella ahora. Tengo la sensación de que la Inteligencia lo sabe, y la Inteligencia quiere que yo me quede atrapado aquí. La TARDIS estará bien protegida por ahora. Veré qué puedo hacer en el laboratorio. Anne me ayudará. Espero poder hacer algo.

Cuando el Doctor se fue, el coronel Lethbridge-Stewart se quedó mirando el mapa. El enemigo se estaba acercando, y no podía defenderse. La muerte de sus hombres en la Fortaleza lo había dejado en un estado de ira impotente. Ahora estaba condenado a esperar, mientras que el Doctor “hacía algo”. Cuando el Capitán Knight entró en la habitación, el Coronel había tomado una decisión.

—Escoja un escuadrón de los hombres más aptos y que se preparen para irse. El Doctor tiene algunos equipos científicos importantes en una cabina cerca de Covent Garden. Voy a buscarlos para él.

El Doctor, Jamie, Victoria y Anne Travers estaban limpiando el desorden en el laboratorio. Cuando enderezaron los bancos e intentaron volver a poner el equipo en algún tipo de orden, Anne Travers dijo:

—¿Pero por qué lo llevaron, Doctor?

El Doctor levantó un equipo roto:

—Presumiblemente porque era un peligro para ellos. Estaba trabajando en una forma de lidiar con los Yeti, ¿no es así?, y estaba bastante cerca del éxito.

—Estábamos casi listos para probar una especie de unidad de control que construí, esa cosa que tienes en tus manos. ¡Papá intentaba activar otra esfera! —Anne la sacó de su bolsillo— Afortunadamente, yo estaba trabajando en eso cuando atacaron... No creo que estuviera dañado cuando me caí.

El Doctor examinó la unidad de control de Anne:

—Oh, sí, una obra espléndida, y casi completa. Si podemos reparar esto y agregar algunas mejoras, sin duda controlará la esfera. ¿Pero en realidad anulará los comandos transmitidos por la Inteligencia?

—¿Puedes repararlo, Doctor?

El Doctor miró las pilas de equipos destrozados:

—Puedo, si podemos encontrar todos las piezas que necesito.

El soldado Evans entró sigilosamente en la habitación, sacudiendo la cabeza al ver el daño:

—Menudo desastre, ¿no? El sargento Arnold dijo que mejor le de esto, Doctor. Fue encontrado en la sala de operaciones, ¿sí?

El Doctor dijo:

—Sabes lo que es esto, ¿no? ¡Un dispositivo de localización para buscar al Yeti! ¡Y me lo estás dando! —a toda prisa, Evans entregó el modelo. El Doctor lo colocó cuidadosamente en un banco.

—Tengo que desmontar esto. Tener uno de estos es como caminar con una bomba de tiempo —lo sujetó en un tornillo del banco y desenroscó la base—. Eso debería solucionarlo.

Evans sacó una lata de su bolsillo:

—Aquí está la muestra de esa Red, Doctor. Me gustaría recuperar la lata cuando haya terminado con ella.

Entregando la lata, Evans retrocedió apresuradamente fuera de la habitación. El Doctor se pasó los dedos por el pelo:

—¡Tantas cosas que hacer a la vez! Será mejor que eche un vistazo rápido a estas cosas. ¿Tienes alguna protección, Anne?

Anne Travers buscó en un casillero y sacó una caja transparente. A un lado había un par de guantes protectores pesados en el extremo de las "mangas" pequeñas. El Doctor

puso la lata en la caja y la cerró, luego deslizó sus manos en los guantes. Jamie lo miró asombrado:

—Estás siendo muy cuidadoso, Doctor.

—Estamos lidiando con una cantidad desconocida, Jamie. No puedo ser demasiado cuidadoso. Ahora, retroceded todos.

Tanteando un poco con los gruesos guantes, el Doctor abrió la lata de tabaco. Cuando se abrió la tapa, los demás vieron una expresión de asombro en su rostro. Se apiñaron para mirar. La lata estaba vacía.

Peligro sobre el suelo

En lo alto de las escaleras que conducían a las salidas superiores, el coronel Lethbridge-Stewart estaba concluyendo su sesión informativa.

—Abriremos la estación de Goodge Street y saldremos por allí. Una vez en la superficie, mi grupo se acercará a Covent Garden desde Neal Street. El sargento Arnold, con el soldado Evans y el cabo Lane, llevará el carrito a través de los túneles y llegará al mismo tiempo que nosotros. Una de las partes debería pasar, con suerte ambas. Buscaremos una cabina de policía azul. Tan pronto como se encuentre, la quiero ya sea en el tranvía o fuera de la estación por la ruta de superficie, lo más rápido posible. El capitán Knight se quedará aquí para cuidar a los civiles. ¿Todos tienen granadas? ¡Hora de irse!

El Coronel condujo a su escuadrón por la puerta de la superficie.

Mientras tanto, en el túnel afuera de la puerta principal inferior, Lane y Evans comenzaron a empujar el carrito. Evans ya estaba gimiendo en protesta.

—No debería estar haciendo esto realmente, Sargento. Conductor, ese es mi trabajo.

—No se haga el viejo soldado conmigo, muchacho —rugió Arnold—. Y tampoco intente escaquearse. Porque si lo hace lo sabré, ¿entiende? ¡Ahora empuje!

Lentamente, el carro se alejó por el túnel.

El capitán Knight miró al Doctor con asombro.

—¿Evans? Realmente no se puede sospechar que esté trabajando con la Inteligencia. ¡El hombre es un idiota!

—Eso haría que fuera más fácil que lo controlasen —señaló el Doctor—. Primero me trae ese modelo de Yeti, ahora mi muestra de la Red desaparece estando a su cargo. Ciertamente creo que deberíamos interrogarlo.

—Me temo que no podemos. Se ha ido con los demás, para recuperar su TARDIS.

—¿Qué dijiste? —el Doctor escuchó horrorizado cuando Knight le contó la partida de Lethbridge-Stewart— Le advertí que era inútil —estalló enojado—. La TARDIS estará muy bien protegida.

—Se dio cuenta del peligro, estoy seguro —dijo Knight en voz baja—. Pero creo que sintió que tenía que hacer algo. No es fácil, ya sabe, ¡solo esperar que tus hombres vengan con la respuesta!

El Doctor asintió, dándose cuenta del dilema de los hombres entrenados para la acción que se encuentran completamente incapaces de actuar:

—Esto hace que mi próxima solicitud sea aún más urgente, capitán Knight. Nuestra única esperanza de derrotar a la Inteligencia ahora radica en que yo complete el trabajo del profesor Travers. Los Yeti destruyeron su laboratorio y necesito un nuevo suministro de repuestos electrónicos.

—Según el Coronel, tiene todo lo que necesita en esa tal TARDIS. Entonces, si se la trae de vuelta...

—No lo hará —dijo el Doctor con decisión—. Lo mejor que podemos esperar es que se las arregle para volver con vida. Debo tener esos repuestos de inmediato, y tendré que ir a la superficie para obtenerlos. Afortunadamente, esta zona está llena de tiendas de electrónica. Me llevará solo unos minutos encontrar lo que necesito.

Knight lo consideró:

—Muy bien, Doctor, pero con una condición: ¡yo voy con usted!

El sargento Arnold, el soldado Evans y el cabo Lane detuvieron la carretilla. Bloqueando el camino había una pared sólida de la Red, brillando con una luz tenue y siniestra. Arnold estaba comprobando la sujeción de una larga bobina de cuerda unida a la parte trasera del carro. Levantó la vista, satisfecho, y tomó dos paquetes de respiradores del interior del carrito.

—Bien, aquí está el plan. Dos de nosotros nos las ponemos y vamos por la Red con el carrito hasta Covent Garden. El tercer hombre se queda aquí con la cuerda y tirará de la carretilla hacia atrás una vez que carguemos esta caja, o *a nosotros* si nos metemos en problemas —miró a los dos soldados—. Ahora quiero un voluntario para pasar por la Red conmigo y el carrito. No deberíamos tener problemas con los respiradores —nadie se movió—. Está bien, iré solo.

—Es cuesta arriba, Sargento —dijo Lane—. Tendremos que hacerlo dos para empujar del carrito —extendió la mano y tomó la otra máscara. Evans los miró con franco asombro:

—Pues nada, ustedes dos lo harán.

—Bastante honrado de su parte —dijo Arnold—. Ahora, todo lo que tiene que hacer usted es darnos cuerda a medida que avanzamos, o tirar de nosotros si hay algún signo de problemas. ¿Cree que puede encargarse de eso?

Evans asintió con la cabeza. Los otros dos se pusieron sus respiradores y comenzaron a mover el carrito hacia la Red. Esta se separó como humo sólido, y pronto desaparecieron de la vista. Evans soltó cuerda según lo ordenado, mirando ansiosamente en la Red. De repente, su brillo comenzó a aumentar en intensidad y un aullido electrónico llenó los túneles. Evans dejó caer la cuerda y se agarró las orejas con agonía. Desde el interior de la Red llegó el sonido de un grito humano apagado... luego silencio.

En algún lugar, Evans encontró recursos inesperados de coraje. Se quedó en su puesto, tirando desesperadamente de la cuerda. El carrito se deslizó suavemente hacia atrás a lo largo del gradiente descendente. Cuando emergió de la Red, Evans vio al cabo Lane desparramado sobre él. Le habían arrancado la máscara de gas de la cara, que estaba cubierta con la sustancia espesa y esponjosa de la Red. Estaba del todo muerto. Del sargento Arnold no había rastro. Los nervios de Evans finalmente se rompieron. Soltando la cuerda, se lanzó frenéticamente por el túnel.

El coronel Lethbridge-Stewart y sus hombres luchaban por sus vidas. Tan pronto como llegaron a la superficie, los Yeti parecieron emboscarlos, rastreándolos por las calles

brumosas, anticipando cada uno de sus movimientos. Ahora los soldados se habían refugiado en el patio de un almacén, y aún los Yeti se acercaban por todos lados. Muchos de ellos llevaban armas de Red. El Coronel arrojó una granada y vio a un Yeti tambalearse por la explosión. Tomó otra, pero la bolsa estaba vacía. A su lado, el cabo Blake gritó.

—Yo también las he terminado, señor, como la mayoría de los muchachos.

Lethbridge-Stewart se dio cuenta de que sin granadas, su posición era inútil. Ninguna otra arma parecía retrasar a los Yeti, y mucho menos detenerlos. Se puso de pie, ahuecando sus manos:

—Muy bien, hombres, dispérsense y corran. No se junten, tomen diferentes direcciones. ¡Adelante!

Él mismo corrió hacia la pared del almacén, corriendo, esquivando hombres por todas partes. Algunos fueron aplastados por los Yeti, o asfixiados por las armas Red, pero otros parecían estar huyendo. El Coronel se dio cuenta de que Blake estaba cerca de él.

—Aléjese, hombre —gritó.

Dos hombres juntos eran un objetivo claro. Pero la advertencia llegó demasiado tarde. Blake se cayó, ahogado por la asfixiante explosión de una pistola Red. Esquivando un golpe de un Yeti, Lethbridge-Stewart saltó a la cima de la pared y saltó por encima. Se puso de pie en la calle y comenzó a correr hacia la entrada del metro de Goodge Street. Estaba decidido a volver a la Fortaleza, para ocuparse de las cosas hasta el final.

El Doctor estaba ocupado en saquear una tienda de electrónica de Goodge Street. En el fondo de su mente, esperaba que el Gobierno se acordara de pagar la indemnización correspondiente. El dueño de la tienda no debía creer en sistemas de almacenaje, pues todos sus repuestos estaban mezclados en los estantes, principalmente en cajas sin etiquetar.

El capitán Knight estaba de guardia en la puerta. A lo lejos se oía el ruido sordo de las granadas. Miró hacia la niebla, preguntándose qué estaría pasando con el Coronel y sus hombres. Por encima del hombro, gritó:

—¿Aún no ha terminado, Doctor?

El Doctor buscó en una caja de cartón:

—Casi. Solo necesito un componente más... Buscaré en la parte de atrás.

El Doctor desapareció en la trasera del almacén. Knight esperó. Siguió pensando que podía escuchar el débil sonido electrónico de una señal Yeti. Parecía estar muy cerca... De repente, dos enormes figuras peludas surgieron de la niebla, con los ojos enrojecidos y los colmillos al descubierto en un rugido salvaje. Los Yeti los habían encontrado.

El Doctor escuchó los rugidos justo cuando encontró su componente vital perdido. Metiéndolo en la caja con los demás, entró corriendo a la tienda. Dos Yeti esperaban allí. El cuerpo de Knight yacía en la puerta de la tienda.

Durante lo que pareció mucho tiempo, el Doctor y los dos Yeti se quedaron uno frente al otro. Luego, los Yeti giraron y se alejaron, fuera de la tienda y hacia la niebla.

El Doctor se apresuró hacia Knight. Estaba muerto, asesinado por un solo golpe. Tristemente, el Doctor se enderezó. Luego se detuvo. De alguna manera, todavía parecía escuchar una débil señal Yeti. Provenía de Knight. El Doctor buscó en los bolsillos del hombre muerto y pronto sintió una forma familiar. Del bolsillo de Knight sacó un modelo Yeti. Poniéndose de pie, el Doctor salió corriendo de la tienda. Había llegado a la entrada de la estación de Goodge Street cuando escuchó pasos que atravesaban la niebla. Una voz gritó:

—¡Doctor!

Se volvió para ver a Lethbridge-Stewart corriendo hacia él.

El soldado Evans se sentía claramente ofendido. Al regresar a la Fortaleza en el papel de héroe superviviente, el Coronel, el Doctor y casi todos los demás lo interrogaban duramente.

—Miren —protestó—, no sirve de nada tratar de culparme de algo —miró furtivamente alrededor del laboratorio lleno de gente. El Coronel, el Doctor, Jamie, Victoria y Anne

Travers le miraban con recelo—. No perdí su maldita muestra de Red. Y tampoco le puse ningún modelo Yeti al Capitán.

—¿Sabes? —dijo el Doctor—, me inclino a creerte —levantó un modelo Yeti—. Aquí está el que me diste. Lo estropeé de inmediato. ¡Aquí está el que encontré en el pobre capitán Knight! —lo puso en un tornillo del banco de trabajo, aplicando un vicioso apretón a la palanca y aplastando la base—. Ahora es inofensivo. Pero había tres modelos de Yeti que no sabíamos dónde estaban, y el tercero todavía falta.

Lethbridge-Stewart sacudió la cabeza:

—Es como una pesadilla. Un enemigo que no podemos ver ni tocar, pero que conoce todos nuestros movimientos. Allá afuera en la calle, los Yeti nos esperaban a cada movimiento. Donde quiera que fuéramos, hiciéramos lo que hiciéramos, no había forma... —se detuvo, consciente de que el Doctor lo estaba mirando con horror— ¿Qué pasa, Doctor?

—¿No te das cuenta de lo que estás diciendo? —dijo el Doctor bruscamente— Coronel, vacíate los bolsillos. ¡Ya! —estúpidamente, Lethbridge-Stewart obedeció. Sacó llaves, dinero, una libreta, una billetera y el pequeño modelo de un Yeti. Comenzó a sonar débilmente— Por eso te rastrearon tan fácilmente —dijo el Doctor sombríamente. Estaba alcanzando el modelo Yeti para romperlo cuando la puerta se abrió de golpe. La gran masa peluda de un Yeti llenaba la entrada.

Con curiosa formalidad, el Yeti entró en la habitación y se colocó a un lado de la puerta. Un segundo Yeti entró y se paró al otro lado. Entonces entró el profesor Travers. Estaba de pie como un monarca bárbaro, flanqueado por guardias.

—¡Padre! —exclamó Anne alegremente. Ella comenzó a avanzar, pero el Doctor la detuvo. Anne vio que la cara de su padre estaba en blanco, como una máscara, y que todo rastro de humanidad había desaparecido. Con un susto de horror, se dio cuenta de lo que había sucedido. ¡Estaba siendo controlado por la Gran Inteligencia!

“Quiero tu mente”

—Padre —dijo Anne de nuevo mientras daba un paso hacia él. Los dos Yeti se movieron amenazadoramente hacia ella, bloqueando el camino. El Doctor le puso una mano en el brazo:

—No, Anne, no te acerques a él.

—Fuiste *tú* —dijo Jamie acusadoramente—. Eras tú quien trabajaba para ellos.

El Coronel se aclaró la garganta:

—Mire, Travers, no entiendo lo que está sucediendo, pero...

—¡Silencio! —la palabra salió de la boca de Travers, pero no con la voz de Travers. El Doctor, Jamie y Victoria habían escuchado esos tonos helados antes. Era la voz de la Inteligencia. La voz fría e inhumana continuó— Escuchadme. Yo soy la Inteligencia. Hablo por boca de este hombre porque es hora de que entiendan mi propósito.

El Doctor se adelantó, sin miedo:

—¿Qué quieres esta vez?

—Usted me derrotó en el Tíbet, Doctor. Ahora ha caído en mi trampa.

—Por eso me trajiste aquí. Por venganza.

—La venganza es una pequeña emoción humana. Mi propósito es mayor.

—¿Y cuál es?

—Observé su mente durante nuestro anterior enfrentamiento, Doctor. Supera a la de los humanos comunes.

El Doctor no parecía particularmente complacido por el cumplido.

—Ve al grano, por favor —dijo irritado—. ¿Qué *deseas*?

—Le quiero a *usted*, Doctor, o más bien su mente. Su contenido será incalculable para mí en mi conquista de la Tierra.

—¿Y cómo te propones conseguirlo?

—He preparado una máquina. Vaciará de su mente todo conocimiento y experiencia pasada. Su cerebro se volverá tan vacío como el de un niño recién nacido.

—Puedo resistirme, ya sabes —desafió el Doctor.

—No puede controlarme, como el pobre Travers descubrió. Mi voluntad es tan fuerte como la suya. Debe someterse a mí voluntariamente. De lo contrario, la máquina no funcionará.

—¿Y si me niego?

—Entonces me conformaré con la cantidad, en lugar de la calidad —se burló la voz fría—. Drenaré las mentes de todos los humanos aquí, y las de muchos otros, hasta que tenga el conocimiento que necesito para completar mi conquista. Las mentes más débiles no sobrevivirán al choque como lo hará la suya. Los humanos morirán.

El Doctor dijo con calma:

—Si *coopero*, ¿qué ofreces a cambio?

—La vida y la libertad de todos sus amigos.

Anne se puso nerviosa para hablar:

—¿Qué pasa con mi padre?

Era extraño escuchar esa voz extraña de los labios de su padre.

—Él también saldrá libre. Lo he usado solo para comunicar mis órdenes.

—¿Entonces *no* te ha estado ayudando antes?

—Hay otras manos humanas a mis órdenes.

—¿De quién? —el Doctor estaba interesado. La Inteligencia parecía perder la paciencia.

—No más preguntas, Doctor. Sé que incluso ahora busca la forma de destruirme. Debo guiar sus pensamientos.

Travers, o más bien su cuerpo, dio un repentino paso adelante, agarró a Victoria por la muñeca y la arrastró hacia la puerta. Jamie y el Doctor saltaron en su defensa, pero ya era demasiado tarde. Los dos Yeti se adelantaron para formar un escudo. Los hombros del Doctor se desplomaron.

—No, Jamie. No servirá para nada.

La voz helada habló por última vez:

—Coopere, Doctor, y será liberada ilesa. Le doy una hora para decidir.

Arrastrando a Victoria, Travers se alejó y los Yeti lo siguieron. La puerta se cerró detrás de ellos. Jamie se dirigió hacia la puerta. Lethbridge-Stewart se paró frente a él, bloqueándole el paso. Jamie dobló sus puños:

—Déjame pasar, Coronel, voy tras ella.

—No seas tonto, muchacho, no puedes luchar contra ellos con las manos desnudas.

Tenemos que elaborar un plan.

—Elabora lo que quieras, yo me voy —Jamie esquivó al Coronel y abrió la puerta. Se encontró frente a un Yeti y cerró la puerta apresuradamente.

—No creo que quieran que los sigamos, Jamie —explicó el Doctor suavemente—. Todavía no, de todos modos. No te preocupes, Victoria estará bastante bien. La Inteligencia no la dañará si coopero.

Evans, que había estado mirando con asombro, dijo:

—Hasta donde yo entiendo, si esa tal Inteligencia tiene al Doctor, nos dejará en paz. ¿Es cierto, señor?

Lethbridge-Stewart asintió:

—Es lo que parece.

Evans dijo razonablemente:

—Entonces, ¿por qué no dejamos que tome al Doctor y todos podremos irnos a casa?

Parecía bastante herido por la tormenta de reproches que estalló sobre su cabeza. Anne y Jamie estaban hablando a la vez. El Coronel balbuceaba.

—De todas las sugerencias vergonzosas y cobardes...

Solo el Doctor parecía tranquilo. Le dio unas palmaditas a Evans en la espalda y dijo solemnemente:

—Te prometo que si no encuentro una respuesta mejor, me entregaré yo mismo.

—¡No lo harás! —dijo Jamie acaloradamente.

—Tendrás que cuidar de Victoria —dijo el Doctor—. Y cuando todo termine, ambos tendréis que cuidarme. ¡Si voy a tener la mente de un bebé, alguien tendrá que cuidar de mí hasta que crezca! —sonrió ante la cara afligida de Jamie— No te preocupes, ¡intentaré no dejar que ocurra!

Evans había ido a la puerta. Estaba escuchando atentamente.

—¡Ssh! —dijo de repente. Abrió la puerta un poco, luego la abrió por completo. El Yeti se había ido— Creí escucharlo alejarse —dijo alegremente. El Coronel dijo:

—Buscaremos por el lugar para asegurarnos. Vamos Jamie. Y *usted*, soldado Evans.

Los tres salieron, dejando al Doctor solo con Anne.

—Venga, querida —dijo alegremente—. Tenemos trabajo que hacer. Tenemos que hacer que esa unidad de control tuya funcione correctamente.

—¡Solo tenemos una hora! —protestó Anne.

—Exactamente. ¡Así que no hay tiempo que perder!

El Doctor se dirigió hacia el banco y buscó en su bolsillo los repuestos electrónicos que había sacado de la tienda.

El Coronel supervisó la búsqueda en la Fortaleza, reflexionando con pesar que su fuerza de combate efectiva se había reducido a un joven escocés de las tierras altas y un soldado muy tímido. Lástima por Evans, pensó, los galeses solían ser soldados espléndidos. A medida que avanzaban por el corredor, Lethbridge-Stewart dijo:

—Bueno, no hay rastro de las bestias, el último debe haber sido la retaguardia.

Jamie miraba pensativamente la puerta principal.

—Si intentáramos seguirlos a través de los túneles, podríamos volver a entrar. Pero supongamos que subimos arriba, nos adelantamos y luego volvemos a bajar, podríamos controlar la zona por sorpresa. Y si al menos pudiéramos encontrar a Victoria, eso nos daría una mejor oportunidad de rescatarla, cuando el Doctor encuentre la respuesta.

Evans lo miraba con horror:

—Creo que estamos mucho más seguros aquí.

—Sí, *estamos* más seguros —Jamie estalló enojado—. ¿Pero qué hay de Victoria y Travers? Oh, si no vienes conmigo, iré solo.

Lethbridge-Stewart suspiró:

—Bueno, al menos haremos algo. Soldado Evans, quédese aquí y proteja a los civiles.

—Bien, señor —dijo Evans, muy aliviado. Hizo todo lo posible para parecer feroz y militar.

—Y no se arriesgue —agregó el Coronel—. Vamos, Jamie.

Evans los miró a lo lejos.

—¿Yo, arriesgarme? —murmuró— ¡Debe estar bromeando!

Jamie y el Coronel se acercaron a la escalera y escucharon. Todo estaba en silencio.

—Correcto —dijo Lethbridge-Stewart—. ¿Listo, Jamie?

Jamie asintió con la cabeza. El coronel abrió la puerta de la superficie e inmediatamente retrocedió tambaleándose. La puerta estaba llena de una masa brillante y pulsante. La Red había alcanzado el nivel superior. Comenzaba a rezumar a través de la puerta abierta y bajar por las escaleras.

Jamie saltó hacia delante y ayudó al Coronel. Se abalanzaron desesperadamente por la puerta, pero la presión de la Red era demasiado fuerte. Lentamente la puerta fue forzada a retroceder.

—Puerta secundaria contra incendios, justo a lo largo del corredor —jadeó el Coronel—. Ve y ábrela, Jamie. Esperaré aquí.

La pesada puerta metálica contra incendios yacía doblada contra la pared. Estaba oxidada por el desuso y Jamie tuvo una lucha terrible para ponerla en posición. Finalmente lo logró y gritó:

—¡Lo tengo! ¡Vamos, Coronel!

Abandonando su lucha con la puerta superior, Lethbridge-Stewart bajó corriendo las escaleras, la Red avanzó lentamente tras él. Saltó por la puerta de incendios medio abierta, luego él y Jamie la cerraron de golpe, asegurándola con pesados pernos de metal.

—Esas cosas se mueven muy lentamente —jadeó el Coronel—. E incluso cuando llegue aquí, esto debería retenerlo por un tiempo.

—Sí —dijo Jamie secamente—. Espero que sí.

Sin darse cuenta del peligro inminente, Anne Travers y el Doctor estaban trabajando muy ocupados. El Doctor había vuelto a montar la esfera y se quedó mirándola pensativamente mientras yacía frente a él en el banco.

—Ahora, si esto está funcionando debería estar captando las señales de la Inteligencia. Entonces, ¿por qué no se mueve? —el Doctor miró la esfera que permanecía obstinadamente quieta— ¡Muévete, estúpida cosa! —gritó el Doctor, golpeando su puño contra el banco con rabia infantil. Inmediatamente la esfera sonó débilmente y comenzó a

rodar por el banco. El Doctor la agarró cuidadosamente mientras caía por el borde— ¡Ja! ¡Éxito! —gritó— ¿Cómo te va, Anne?

—Casi terminado. Parece fácil, pero es un trabajo complicado.

—Iré a echarle una mano —prometió el Doctor. Pero, en cambio, siguió jugando con la esfera, exactamente como un niño con un juguete nuevo. La puso en el suelo y observó con deleite mientras rodaba hacia la puerta. La puerta se abrió de repente, y el Doctor tuvo que lanzarse hacia la esfera, ya que dio un repentino acelerón para escapar.

Lethbridge-Stewart lo miró mientras yacía extendido, con la esfera en la mano, como un jugador de cricket que realiza una captura espectacular:

—¿Qué está haciendo, Doctor?

Descarado, el Doctor se puso de pie:

—He logrado que la esfera vuelva a funcionar.

—Oh, no importa eso —dijo Jamie—. Intentamos salir por la puerta de la superficie y...

Les contó lo que había sucedido. El Doctor asintió:

—Así que solo podemos seguir el camino que la Inteligencia nos permite, a través de los túneles.

El Coronel miró la esfera. El Doctor la había vuelto a colocar en el banco y estaba haciendo repetidos intentos de rodar hacia la puerta, solo para ser detenida por el Doctor cada vez.

—¿Cómo nos va a ayudar esto, Doctor?

—Bueno, no lo hará —dijo el Doctor—, no en sí misma. Pero nos ayudará a probar la unidad de control del profesor Travers.

Jamie no estaba impresionado:

—Oh, ¿eso es todo? No avanzas muy rápido, Doctor.

Lethbridge-Stewart se aclaró la garganta:

—Debo decir que estoy de acuerdo.

Anne Travers y el Doctor habían estado trabajando frenéticamente, y Anne sintió que la reanimación de la esfera era un logro considerable:

—Tal vez iríamos más rápido si nos dejarais solos.

Jamie y el Coronel se miraron mutuamente con simpatía, y se retiraron en un digno silencio. Mientras caminaban por el pasillo, Lethbridge-Stewart dijo:

—Parece que está en nuestras manos, Jamie. Como no podemos ir a la superficie, tendremos que arriesgarnos por los túneles —entraron en la sala de operaciones para encontrar a Evans escondido detrás de la puerta. Saltó nervioso, apuntándoles con su rifle. El Coronel lo fulminó con la mirada—. ¿A qué cree que está jugando, soldado Evans?

—Lo he estado pensando, señor. Sé que *yo no estoy* trabajando para la Inteligencia, por lo que debe ser uno de ustedes dos.

—Oh, no, fue ese tío, el tal Chorley —dijo Jamie—. Lo dije todo el tiempo.

Lethbridge-Stewart hizo a un lado el rifle vacilante de Evans:

—Baje esa arma, Evans, y escúcheme. Jamie y yo iremos a los túneles. Permanecerá aquí. Será mejor que vigile al Doctor en el laboratorio.

—Bueno, me quedaré aquí, señor, si no le importa. Er... Es una mejor posición estratégica, ¿entiende? Se puede ver el pasillo.

—Muy bien, adelante. Ven, Jamie.

En la plataforma de Piccadilly Circus, un grupo extrañamente inmóvil permanecía como pasajeros esperando un tren. En el medio estaba Victoria, agarrada firmemente por Travers. Al otro lado estaba la imponente forma de un Yeti. La mano de Travers alrededor de su muñeca parecía una abrazadera de acero.

—Por favor Profesor, déjeme ir. Está haciéndome daño. No huiré, no con el Yeti aquí.

Travers miraba fijamente al frente, sin dar señales de haberla escuchado. Una voz retumbó, resonando huecamente:

—Libérala, Profesor. No escaparé.

La mano de Travers se abrió y Victoria apartó su muñeca, frotándola con ternura. Miró a su alrededor con miedo. La voz volvió a hablar:

—No hay razón para temer, niña.

—¿Quién eres? ¿Dónde estás?!

—Estoy en todas partes —dijo la voz fría, como regodeándose—. ¡Soy la Inteligencia!

La caída de la Fortaleza

Había un sonido extraño y crepitante cada vez que la voz hablaba. A la Inteligencia le hizo gracia utilizar el sistema de megafonía de la estación. La voz retumbó de nuevo, y esta vez Victoria se dio cuenta de que provenía de un altavoz justo encima de su cabeza.

—Travers, has cumplido mi propósito. ¡Despierta!

Travers se sacudió de repente y volvió a la vida, a su vieja y amable forma de ser una vez más. Se frotó los ojos y miró a su alrededor confundido:

—¿Qué está pasando, Victoria? ¿Dónde estamos?

Victoria lo condujo hacia un banco:

—Será mejor que te sientes y descanses.

—No, no. No puedo hacer eso. Hay trabajo por hacer. Tengo que ayudar al Doctor...
—de repente él la agarró del brazo— Victoria, no te muevas. Hay un Yeti...

Victoria suspiró:

—Lo sé, Profesor, eso nos trajo aquí.

Tomándola de la mano, Travers comenzó a retroceder lentamente. El Yeti no se movió. Se giraron para correr y se encontraron frente al segundo Yeti. Este gruñó amenazadoramente. Travers y Victoria volvieron al banco. Sin esperanzas, se sentaron a esperar.

La esfera golpeaba contra la puerta del laboratorio, como si intentara hacer un agujero en ella. La madera ya comenzaba a astillarse.

—Se romperá en cualquier momento —dijo Anne. El Doctor hizo un último ajuste al dispositivo de control. En su forma final, era una pequeña caja negra llena de componentes electrónicos, con controles en la tapa. El Doctor cerró la tapa.

—Veamos si funciona.

Ajustó los controles. La esfera continuó golpeando contra la puerta. Anne parecía preocupada:

—¿Está a plena potencia? —el Doctor asintió, reajustando los controles. Aun así, la esfera golpeó sin cesar a la puerta. Anne sacudió la cabeza— No sirve. Hemos fallado.

El Doctor se movió lentamente por la habitación, sosteniendo la caja de control en diferentes posiciones, acercándose cada vez más a la esfera. Cuando estaba a poco más de un metro de distancia, la esfera dejó de moverse.

—¡Ajá! —dijo triunfante— *Funciona*, pero solo a muy corta distancia. Sin embargo, es mejor que nada.

—¿Y ahora qué, Doctor?

El Doctor se frotó la barbilla:

—Podemos detener a un Yeti con esto, pero eso no es suficiente. Tenemos que reprogramar la esfera para obedecer nuestros comandos. ¿Cuánto tiempo tenemos?

Anne miró su reloj:

—¡Alrededor de media hora!

Victoria y Travers estaban hablando en voz baja.

—¿Estás seguro de que Anne está bien? —preguntó Travers con ansiedad. Victoria asintió con la cabeza:

—Ella está con el Doctor. No te preocupes, estoy segura de que encontrarán la respuesta.

Travers todavía estaba muy confundido y Victoria sintió que tenía que mantener el ánimo en alto. Por extraño que parezca, esto tuvo el efecto de hacerla sentir mejor. Se escuchó un pitido, y el Yeti más cercano se alejó por la plataforma, desapareciendo en el túnel. Travers lo miró perplejo, pero Victoria miraba en la otra dirección. Ella tiró de la manga del profesor.

—¡Mira!

El sargento Arnold estaba tropezando a lo largo del camino, con su frente arañada y su uniforme hecho jirones. Se acercó más. El Yeti que quedaba parecía ajeno a su presencia. Travers siseó:

—¡Arnold! ¡Yeti! ¡Escóndete! —señaló al cercano Yeti. Una expresión de comprensión apareció en la cara de Arnold y se agachó debajo de la plataforma. Travers y Victoria se acercaron lentamente hacia él, procurando no alarmar al Yeti— ¡Arnold! ¿Puedes regresar al cuartel general?

—Eso creo, señor —la voz de Arnold era débil debajo de ellos.

—Regresa y dile al Doctor dónde estamos.

—¿Y ustedes dos?

—No podemos movernos, o el Yeti atacará. Pero nos está protegiendo, y no sabe que estás aquí. Vete ya, hombre.

Arnold se arrastró por la pista y desapareció en el túnel.

Jamie y el Coronel se movieron con cautela. De repente, Jamie se detuvo.

—¡Mira aquí! —tomó un trozo de lino blanco, bordeado de encaje— El pañuelo de Victoria. Al menos sabemos que estamos en el camino correcto.

—¡Escucha!

Podían escuchar el sonido de pasos que se tambaleaban hacia ellos.

—*No suena* como un Yeti —susurró Jamie. No lo era. El sargento Arnold apareció a la vista. Vio al Coronel e intentó ponerse firme, pero se tambaleó y casi se cayó. Lethbridge-Stewart lo agarró.

—Lo siento, señor —Arnold murmuró débilmente.

—¿Qué le pasó, Sargento? Le habíamos dado por muerto.

—Realmente no lo sé, señor. Estaba empujando el carrito hacia la Red y me desmayé. Cuando me recuperé, estaba deambulando por los túneles. Escuche, señor, he visto a Victoria y al profesor Travers.

—¿Dónde están? —preguntó Jamie con entusiasmo. Arnold hizo un gesto detrás de él:

—Justo por allí... Piccadilly. Los Yeti los estaban protegiendo. Dijeron que volviese al cuartel general para advertir al Doctor...

—Y eso es exactamente lo que haremos —decidió Lethbridge-Stewart—. Vamos, Jamie, al menos sabemos dónde está Victoria ahora. No hay nada que podamos hacer hasta que el Doctor ponga en funcionamiento su caja de trucos.

Apoyando a Arnold entre ellos, comenzaron a retroceder lentamente por donde habían venido.

El soldado Evans estaba sentado en la sala de operaciones vacía, con el rifle sobre las rodillas. Era incómodamente consciente de que era uno de los pocos supervivientes restantes entre todos los soldados que había en la Fortaleza. Se preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que se le acabara la suerte. Cuando la pequeña esfera plateada rodó por la puerta y cruzó el suelo hacia él, saltó directamente a su silla, como una niña asustada por un ratón. Levantando su rifle apuntó a la esfera. El Doctor apareció.

—¡No, no dispaes! —miró la esfera y dijo— ¡Alto! —para sorpresa de Evans, la esfera obedeció— Lo siento si te asustó —se disculpó el Doctor. Evans se bajó de la silla:

—No estaba *asustado*... Solo he subido para apuntar mejor, ¿ve? ¿Cómo hizo para pararlo?

—Se lo dije.

Evans se inclinó hacia delante:

—Venga, pelota, regresa de dónde vienes.

La esfera no se movió. El Doctor se echó a reír y habló por un pequeño radio micrófono colgado alrededor de su cuello:

—Retrocede. Detente. Muévete hacia la izquierda. Detente. Ahora... detente —la esfera obedeció cada orden. Anne Travers se unió al Doctor.

—¿Qué tal va eso? —dijo con orgullo. Evans parecía dudoso:

—Sería un juguete estupendo, pero ¿cómo nos va a ayudar?

—No lo entiendes —dijo el Doctor—. Una vez que lo tengamos dentro de un Yeti, la criatura obedecerá nuestras órdenes.

Evans palideció:

—¿Cómo lo va a poner dentro de un Yeti?

—Vamos a Warren Street a buscar uno ahora. ¿Vienes?

Evans sacudió la cabeza:

—¿Yo cerca de una de esas cosas? Puedo ser estúpido, pero no soy tan tonto.

—Está bien —dijo Anne—, lo haremos por nuestra cuenta, ¿no es así, Doctor? —levantó la mano cuando el Doctor comenzó a protestar— No sirve de nada discutir. Voy a ir contigo.

Travers y Victoria escucharon pitidos cuando el segundo Yeti regresó por el túnel. Llegó directamente hacia ellos y otro Yeti se unió a él. Victoria se dio cuenta de que estaban siendo pastoreados por la plataforma.

—¿A dónde nos llevan? —susurró nerviosamente.

—No tengo idea. No te preocupes, estaremos bien —Travers trató de sonar optimista, pero realmente no creía lo que estaba diciendo.

Ahora solo en toda la Fortaleza, el soldado Evans estaba más nervioso que nunca. Intentó un coro rápido de “Men of Harlech”, pero de poco le sirvió para levantarse el ánimo.

Escuchó el sonido de pasos en el corredor y se asomó con cautela. Para su sorpresa, vio a Jamie, el Coronel y el sargento Arnold.

—¿Dónde está el Doctor? —espetó Lethbridge-Stewart— Buscamos en el laboratorio pero él no estaba allí.

Evans miraba paralizado al Sargento:

—Pero, pero...

Arnold, que parecía estar recuperándose rápidamente, gruñó:

—No se quede ahí balando como un cordero galés, Evans, responda al Coronel.

—El Doctor y la señorita Travers han regresado a los túneles, señor —dijo Evans nerviosamente—. Warren Street, dijeron.

—¿Para qué diablos...?

—Dijeron que querían atrapar a un Yeti, señor.

Lethbridge-Stewart sacudió la cabeza con incredulidad.

—Muy bien, soldado Evans. Tome el botiquín de primeros auxilios de ahí y ponga un vendaje en la cabeza del Sargento.

—¡Sí, señor!

Evans corrió al laboratorio, tomó el botiquín de primeros auxilios y comenzó a vendar la cabeza de Arnold con mucho más entusiasmo que habilidad. Lethbridge-Stewart miró, preguntándose qué demonios iba a hacer a continuación. Jamie estaba mirando el mapa indicador. De repente, la luz de la calle Warren comenzó a parpadear.

—La Red se está moviendo nuevamente. Mejor avisemos al Doctor.

El Coronel se volvió hacia Evans:

—Quédese aquí y termine lo que está haciendo. Volveremos tan pronto como podamos.

Anne Travers y el Doctor doblaron una curva en el túnel y encontraron el camino bloqueado por una pared sólida de la Red. El Doctor suspiró:

—No es bueno. Tendremos que regresar y encontrar otro camino...

Se volvieron y de repente se congelaron: un Yeti se movía por el túnel hacia ellos.

—Estamos atrapados —susurró Anne. El Doctor sacudió la cabeza:

—De eso nada. Queríamos un Yeti y ahora hemos encontrado uno. Pásame la caja de control, Anne. Ella lo miró fijamente:

—¡La llevabas tú, Doctor!

—Oh, es verdad —el Doctor comenzó a buscar en sus bolsillos espaciosos. El Yeti se acercaba cada vez más. El Doctor sacó la esfera y se la pasó a Anne—. Toma, sostén esto —y continuó buscando.

Anne retrocedió mientras el Yeti se acercaba. Aquello los había visto. Los ojos rojos los miraron amenazadoramente, y dio un aullido salvaje. Ahora casi sobre ellos, levantó una extremidad para atacar. El Doctor sacó la caja de su bolsillo y tocó los controles. El Yeti se congeló, con un brazo todavía levantado. Anne jadeó de alivio.

—Sé que solo funciona a corta distancia, Doctor, pero de verdad...

El Doctor se rio entre dientes:

—No estabas preocupada, ¿verdad? Toma, toma esto y dame la esfera —le pasó a Anne la caja de control, le quitó la esfera y abrió la solapa en el pecho del Yeti. Rápidamente sacó la esfera que ya estaba allí e insertó la suya reprogramada en su lugar. Dio un paso atrás y habló por el radio-micrófono colgado de su cuello—. Vale, tú, date la vuelta.

Por un momento no pasó nada. Luego, lentamente, el Yeti se volvió. Anne le dio al Doctor un abrazo triunfante:

—¡Lo has logrado!

—*Nosotros* lo hemos hecho, querida... Y con tu unidad de control deberíamos poder manejarlo a una distancia considerable —miró al Yeti y dijo—. Está bien, puedes bajar el

brazo —obedeció. El Doctor se volvió hacia Anne—. Debemos volver al cuartel general. Ahora que sé que esto funciona, puedo desarrollar una forma de bloquear todas las transmisiones de la Inteligencia —se pusieron en marcha nuevamente por el túnel, luego el Doctor se volvió—. No debemos olvidar a nuestro nuevo amigo. Vamos, amigo.

Obedientemente, el Yeti los siguió pesadamente.

Evans había terminado de limpiar la herida del Sargento y ahora le estaba aplicando un vendaje. Ató el último nudo y dio un paso atrás para admirar su trabajo.

—Un trabajo profesional de verdad, Sargento. Debería haber sido médico.

Arnold gruñó:

—Bueno, entonces, doctor Evans, puede llevar su equipo médico al laboratorio. Luego regrese aquí y comience a ordenar esto. ¡Este lugar es un desastre diabólico!

Evans recogió sus cosas y salió. Confía en el sargento, estaba pensando. Se preocupa por dejar esto ordenado en un momento como este.

Arnold se acercó al mapa indicador y lo miró inexpresivo. Muy pocas luces quedaban ya... Escuchó un grito y un ruido y salió corriendo de la habitación. Evans estaba parado afuera del laboratorio, mirando a la habitación con horror en su rostro. Arnold corrió hacia él y miró dentro. La pared del laboratorio se abultaba hacia ellos en una gran curva hinchada. Mientras Arnold observaba, aparecieron grietas que se ampliaron. De repente, toda la pared estalló hacia adentro. A través del espacio se derramó la masa brillante y pulsante de la Red.

Cautivos de la inteligencia

La Red se derramó por la brecha cada vez mayor, envolviendo lenta e inexorablemente todo el laboratorio. Arnold saltó hacia atrás y cerró la puerta.

—Vamos, Evans, ¡salga de aquí! —atravesaron los pasillos y salieron por la entrada principal. Arnold la cerró y la atrancó detrás de ellos— Eso lo mantendrá por un corto tiempo. Será mejor que encontremos a los demás y les digamos que ya está en el cuartel general.

Evans retrocedió:

—Yo no, Sargento.

—Mira, hay cuatro personas por ahí. Si no les advertimos, estarán perdidos.

Evans no se movió:

—Entonces, cuatro personas para picar, no hay razón para que sean seis, ¿lo pillas?

—Ya es suficiente —rugió Arnold—. Sígueme, soldado Evans —avanzó por el túnel, mientras Evans se volvió y corrió en la dirección opuesta—. Vuelve, atontado —gritó Arnold. Pero Evans ya estaba fuera de la vista. Arnold murmuró—. Bien, muchacho, tranquilo.

Se tambaleó mareado por un momento, luego recuperó el control de sí mismo. Maltratado pero indomable, partió por el túnel.

El Doctor y Anne marcharon, su Yeti les siguió como una mascota desgarbada. De repente, el Doctor se detuvo y escuchó pasos. El Yeti pasó a su lado, marchando, ya que nadie le había ordenado que hiciera nada más.

—Oye, tú —gritó el Doctor indignado—. Detente. Gira. Vuelve. ¡Espera!

—¿Por qué te paras, Doctor? —preguntó Anne.

—Alguien viene. Como todavía no sabemos quién está trabajando con la Inteligencia y quién no, mientras menos personas sepan que este Yeti está de nuestro lado, mejor.

—¿Cómo lo mantenemos en secreto?

—Así —dijo el Doctor. Habló por su micrófono—. ¡Yeti! Permanece aquí noventa segundos. Luego, continúa actuando según las instrucciones de la Inteligencia, hasta que se te indique lo contrario. Apágate durante noventa segundos, ¡ya!

Dejando al Yeti inmóvil detrás de ellos, el Doctor y Anne se apresuraron por el túnel. Unos minutos más tarde se encontraron con Jamie y Lethbridge-Stewart.

—Oh, me alegro de verte —exclamó Jamie—. Vinimos a advertirte, la Red se trasladó hasta Warren Street.

El Doctor le dio unas palmaditas en el hombro:

—Es muy amable de vuestra parte, pero ya lo sabemos. Nos la topamos.

—Me alegro de que ambos estén a salvo —dijo el Coronel—. ¿Alguna suerte con ese artilugio vuestro?

—En realidad no —respondió el Doctor evasivamente—. Necesitamos volver al cuartel para hacer más pruebas ¿Alguna noticia de Victoria?

Jamie asintió ansiosamente:

—Ella y Travers son mantenidos prisioneros en Piccadilly. Arnold logró sobrevivir a la Red y los vio.

El Doctor parecía a punto de hablar, pero Anne Travers miró su reloj.

—El tiempo se acaba, Doctor. Si vamos a volver al cuartel y trabajar en la caja de control...

El pequeño grupo se apresuró a regresar a Goodge Street. En el túnel detrás de ellos, el Yeti del Doctor cobró vida de repente. Se escuchó una señal electrónica, y dos Yeti más aparecieron más abajo en el túnel...

Mientras el Doctor y su grupo avanzaban por el túnel lateral hacia la Fortaleza, oyeron pasos que se acercaban a ellos. El sargento Arnold corrió hacia ellos. Se tambaleó un poco, saludó frente al Coronel y saludó:

—El cuartel ha caído, señor. La red estalló a través de la pared. Todo el lugar estará inundado ya.

Lethbridge-Stewart absorbió la noticia de este nuevo desastre con su habitual frialdad:

—¿Alguien herido? ¿Dónde está Evans?

—Me temo que se volvió loco, señor. Se largó.

Jamie escuchó movimiento en el túnel detrás de ellos. Se dio la vuelta:

—Cuidado, Yeti.

Tres Yeti avanzaban por el túnel hacia ellos, su peludo bulto llenaba todo el túnel.

Anne se acercó al Doctor y le susurró:

—¿Cuál es el nuestro?

—No tengo idea —susurró—. ¡Todos me parecen iguales!

Los tres Yeti avanzaron. Detrás del Doctor y sus amigos solo estaba la Fortaleza llena de telarañas. Estaban atrapados.

El soldado Evans estaba huyendo frenéticamente de la Fortaleza cuando vio a un Yeti que venía hacia él. Se metió de un salto en un hueco y se agachó, inmóvil. El Yeti pasó pesadamente. Con un suspiro de alivio, Evans saltó de su escondite y siguió corriendo, solo para encontrarse con un segundo Yeti. Retrocedió, balbuceando idiotamente.

—¡Si estás buscando a tu amigo, se fue por allí!

El Yeti disparó un brazo y agarró a Evans por el hombro. El segundo Yeti reapareció y lo agarró por el otro hombro. Lo levantaron del suelo, y con Evans colgando entre ellos, partieron por el túnel. Evans sonrió débilmente.

—Vamos a dar un pequeño paseo, ¿verdad? ¡Es encantador!

Los Yeti condujeron a sus prisioneros a un cruce y luego se detuvieron. El líder Yeti comenzó a enviar señales. Arnold le susurró al Coronel:

—Cuando sigamos adelante, intentaré escaparme, señor. Tal vez estas cosas no cuentan demasiado bien. Si estoy libre, intentaré ayudar de alguna manera.

El Coronel asintió:

—Muy bien, Sargento, vale la pena intentarlo.

Los Yeti recibieron otra señal y siguieron adelante. Cuando pasaron por un túnel lateral, Lethbridge-Stewart tropezó con el Doctor. En el momento de confusión, Arnold se deslizó hacia el túnel lateral. El resto del grupo continuó... Al parecer, los Yeti no habían notado nada.

Travers y Victoria fueron llevados a lo largo de la plataforma, subiendo escalones interminables, y finalmente a la sala de billetes en Piccadilly Circus. La gran área redonda estaba silenciosa y vacía, y de pie incongruentemente ante la oficina de billetes había una gran pirámide de vidrio, unida a un trono parecido a un asiento. Un círculo de metal, sobre un brazo flexible, estaba suspendido del vértice de la pirámide, que colgaba sobre el trono. Travers se movió para mirar más de cerca la pirámide. El Yeti le advirtió con un gruñido amenazante. Victoria lo agarró del brazo:

—¡Mira!

La sombra de una figura humana se movió en uno de los pasajes embaldosados que salían del vestíbulo.

—¿Quién está ahí? —dijo Travers. La sombra retrocedió y los pasos se alejaron.

—¿Crees que era la Inteligencia? —susurró Victoria. Travers se encogió de hombros.

—Dudo que la inteligencia tenga una forma humana. Tal vez fue uno de sus sirvientes humanos, como yo hace un tiempo —Travers habló con amargura, consciente de lo fácil que podía volver a estar bajo control—. ¡Si tan solo hubiera algo que pudiéramos hacer!

—El Doctor aparecerá para ayudarnos —dijo Victoria con confianza—. Siempre lo hace.

—No esta vez, querida. Contigo como rehén, no tendrá otra alternativa que rendirse —A través del sistema de altavoces, la voz de la Inteligencia retumbó—. Tiene razón, Profesor, el Doctor *debe* rendirse. Estará aquí pronto. Él es nuestro invitado de honor. Mientras tanto, no intente interferir o mi Yeti le destruirá...

El altavoz se calló. Travers gimió.

—Y pensar que lo que pasó es todo culpa mía... —enterró la cara en sus manos.

Abajo, el Doctor y su grupo esperaban en una plataforma. Era casi como si estuvieran a punto de entrar en alguna ceremonia formal. Jamie miró al Yeti que los vigilaba:

—Es una pena que no hayas tenido éxito con tu dispositivo, Doctor.

—Oh, pero sí funciona —susurró el Doctor—. Estoy esperando el momento de usarlo.

Rápidamente le contó a Jamie lo que había sucedido en los túneles antes de que se encontraran, y del Yeti bajo su control—. El problema es que lo he perdido de vista —concluyó con tristeza.

—Oh, eso es de gran ayuda...

—Quiero que lo encuentres, Jamie. Toma esto y sigue llamando a nuestro Yeti. Seguramente vendrá al final.

El Doctor deslizó el micrófono de radio alrededor del cuello de Jamie, escondiéndolo debajo de su camisa de cuello ancho.

—¿Cómo sabré si es el correcto?

El Doctor sonrió:

—Pronto descubrirás si no lo has hecho. Ahora bien, Jamie, tenemos que esconderte. Espero que no sufras de claustrofobia.

Harold Chorley y el sargento Arnold se encontraron en un túnel cercano, para su mutua sorpresa. Chorley inmediatamente estalló en una avalancha de explicaciones, contando cómo se había perdido en los túneles, esquivando a los Yeti y conducido siempre de vuelta ante el avance de la Red. Arnold miró impasible mientras Chorley se detenía:

—Todos nos hemos olvidado de usted, señor Chorley. Maravilloso cómo logró sobrevivir todo ese tiempo, ¿verdad?

Chorley retrocedió:

—¿Qué estás insinuando?

—Solo me lo pregunto, eso es todo, señor. Y ahora creo que es mejor que venga conmigo, ¿no?

Arnold agarró el brazo de Chorley con una de sus manos fuertes y se lo llevó.

En la plataforma, el Doctor, Lethbridge-Stewart y Anne Travers todavía estaban esperando. Jamie no estaba a la vista.

—Doctor, ¿por qué no usar el dispositivo de control en estos Yeti? —susurró Anne— Podríamos escaparnos...

El Doctor sacudió la cabeza:

—¿Y dejar a Victoria y a tu padre? Además, estoy ansioso por conocer a la Inteligencia.

El Coronel lo miró fijamente:

—¿Se va a rendir, Doctor? Arnold todavía está libre, y ahora también Jamie. Tal vez puedan hacer algo —antes de que el Doctor pudiera responder, aparecieron dos Yeti,

llevando a Evans entre ellos. Lo dejaron junto a los otros cautivos y se alejaron. Lethbridge-Stewart lo fulminó con la mirada—. El sargento Arnold me dijo que usted desertó, soldado Evans. No le sirvió de mucho, ¿verdad?

Evans estaba conmovido.

—¿Desertar yo, señor? El sargento Arnold debe haberlo entendido mal. Decidí hacer un intento heroico de buscar ayuda, con una sola mano como puede ver —miró a su alrededor con nerviosismo—. Er, ¿está el sargento Arnold aquí?

—No... por suerte para usted.

Evans parecía muy aliviado. Los Yeti estaban recibiendo señales una vez más. Uno de ellos separó al Doctor de los demás. El Coronel hizo un movimiento para detenerlos, pero el Doctor dijo:

—¡No! Hagas lo que hagas, no luches. No intentes resistirte a ellos...

Su voz se desvaneció cuando el Yeti lo alejó. Evans sacudió la cabeza:

—¡No necesita preocuparse, *no lucharé!* —hubo otra espera, luego uno de los Yeti comenzó a llevarlos detrás del Doctor— Parece que estaba previsto que todos nosotros cayésemos, señor —dijo Evans.

Los últimos cautivos se habían ido y la plataforma estaba vacía. Lentamente, se levantó la tapa de un gran cubo de arena de metal, y Jamie se asomó desde su escondite.

Después de subir unas escaleras interminables, llevaron al Doctor a un pasillo embaldosado que conducía al vestíbulo principal. Un Yeti estaba esperándolo con un extraño dispositivo similar a un casco en sus manos. Levantó el casco como para bajarlo a la cabeza del Doctor.

—Solo un minuto, viejo amigo —dijo cortésmente el Doctor, y accionó el dispositivo de control oculto en su bolsillo. Ambos Yeti se congelaron. El Doctor sonrió satisfecho

—. Vale, echemos un vistazo a ese artilugio.

Con cuidado, el Doctor tomó el dispositivo de las manos en forma de garra de los Yetis...

Cuando Anne Travers fue conducida al vestíbulo principal con el Coronel y Evans, vio a su padre y a Victoria inmóviles ante la pirámide. Ella fue hacia su padre y lo abrazó: —Padre, ¿qué pasó? ¿Estás bien de nuevo?

Para su alivio, fue su propia voz la que respondió, la familiar cara amable la que la miró:

—No te preocupes, Anne, no nos han hecho daño.

—¿Qué pasa con Jamie y el Doctor? —preguntó Victoria— ¿Dónde están?

Anne puso un brazo tranquilizador sobre sus hombros:

—Están bien, Victoria. No están muy lejos...

Sintiéndose, como se dijo a sí mismo, como un gran tonto, Jamie se agachó al final de la plataforma para murmurar ante el pequeño micrófono de radio.

—Ven a mí. Estoy en Piccadilly. Ven a mí.

Para su sorpresa, vio a un Yeti moviéndose por la pista. Jamie estaba a punto de salir a la vista, pero decidió otra prueba.

—¡Detente! ¡Levanta un brazo! —el Yeti no lo hizo. Simplemente aparecía y desaparecía de la vista— Och, no sirve de nada —gruñó Jamie—. ¡Yeti equivocado!

Se movió hacia el arco de la plataforma y caminó directamente hacia otro.

El pequeño grupo ante la pirámide levantó la mirada cuando el Doctor apareció a la vista con un Yeti detrás de él, con el casco de aspecto extraño ya colocado en su cabeza. Victoria trató de correr hacia él, pero Travers la detuvo.

—Doctor, ¿qué te van a hacer? —gritó frenéticamente. El Doctor parecía bastante contento:

—No te preocupes, Victoria, todo está bajo control.

—De hecho lo está, Doctor —retumbó la voz burlona de los altavoces—. ¡Bajo *mi* control, como lo han estado tantos humanos!

Harold Chorley tropezó en el vestíbulo, con un Yeti detrás de él.

—Tú —dijo Travers enojado—. Tú fuiste quien nos traicionó a la Inteligencia.

Chorley balbuceaba de miedo:

—No, no fui yo, no estaba ayudando a la Inteligencia. ¡Fue el!

Desde la entrada detrás de Chorley, una figura rígida se adelantó, su rostro era una máscara impasible. Era el sargento Arnold.

El duelo final

El coronel Lethbridge-Stewart escuchó con asombro mientras la voz helada de la Inteligencia salía del viejo y robusto soldado que le había servido lealmente.

—Elegí usar el cuerpo del sargento Arnold desde el principio, tal como utilicé brevemente a Travers. Me reveló sus planes, ocultó mis Yeti en su Fortaleza. Ahora es tiempo de comenzar. Este es el comienzo de mi búsqueda. Y aquí está el último miembro de mi grupo —Jamie se adelantó con un Yeti detrás de él como guardia. De los labios de Arnold, la voz de la Inteligencia ordenó—. Quédate junto al Doctor.

Malhumorado, Jamie obedeció. El Yeti que vigilaba al Doctor se colocó detrás de él, y un brazo peludo salió disparado para rodear su garganta. Jamie contuvo el aliento.

—Un recordatorio. Doctor —dijo la Inteligencia—. Si se resiste a la situación, el joven morirá. Vaya a la silla al lado de la pirámide.

El Doctor no lo hizo:

—No. *Me entregaré*, pero no hasta que Jamie sea liberado.

Hubo un momento de silencio. Los espectadores casi podían sentir la lucha mientras la Inteligencia peleaba voluntades con el Doctor. Luego habló de nuevo.

—Muy bien.

El Yeti soltó a Jamie, quien se tambaleó hacia atrás y se frotó el cuello. Victoria quería ir hacia él, pero no se atrevió a moverse. El Doctor comenzó a caminar hacia la pirámide. Arnold lo siguió. El Doctor se sentó, y Arnold bajó un aro de metal para que hiciera contacto con el casco en la cabeza del Doctor.

—Pronto su mente será absorbida por la Gran Inteligencia. Su conocimiento ayudará a mi conquista de este planeta, y de muchos más. Debería estar orgulloso, Doctor.

—Hazlo ya —dijo el Doctor con tristeza—. Solo quiero terminar con esto.

—No debe haber resistencia —advirtió la Inteligencia—. Si la hay, estos humanos morirán. Prepárese para una gran oscuridad que nuble su mente.

Travers, Anne, Victoria, Chorley y Evans observaron cómo Arnold operaba los controles en la base de la pirámide. La cara del Doctor estaba tranquila y relajada cuando la máquina comenzó a zumbir con energía. Jamie estaba demasiado ocupado para mirar. Estaba sacando el micrófono del interior de su camisa con una lentitud agonizante y llevándolo a sus labios.

—Ataca —murmuró con ferocidad—. ¡Ataca al otro Yeti ahora!

De repente, el Yeti que había traído a Jamie, el Yeti que descubrió para su deleite que era el reprogramado por el Doctor, entró en acción. Con grandes golpes, derribó a los dos Yeti que custodiaban al Doctor.

—Ahora, trae a Arnold —gritó Jamie.

El Yeti avanzó obedientemente hacia el nuevo objetivo y lo golpeó contra el suelo.

—Detén a los otros dos Yeti —ordenó Jamie. Cuando *su* Yeti comenzó a atacar a sus compañeros, corrió hacia la pirámide. Arnold estaba de pie, parecía ileso por el golpe.

—Yetis, proteged la pirámide —gritó con la voz de la Inteligencia.

Uno de los dos Yetis restantes sostenía un arma Red, que giró para apuntar a Lethbridge-Stewart. Con una repentina explosión de coraje, Evans le quitó el arma de la mano. El Yeti lo envió volando de un solo golpe, y avanzó hacia el Coronel, que lo esquivó rápidamente. El Yeti retrocedió para defender la pirámide según lo ordenado. Mientras tanto, Travers y Jamie habían llegado a la pirámide y, pasando por detrás de los dos Yeti, intentaban sacar al Doctor de su asiento. Para su sorpresa, se resistió furiosamente.

—No, dejadme en paz —gritó—. ¡Lo estáis estropeando todo!

Jamie decidió que la voluntad del Doctor ya debía estar bajo el control de la Inteligencia, y aumentó sus esfuerzos para alejarlo. Los Yeti luchaban con furia maníaca. Ahora solo había dos en pie: el Yeti de Jamie y uno de los dos que custodiaban la pirámide.

—¡Destruye! —chilló la Inteligencia, y los dos gigantes comenzaron a intercambiar grandes golpes.

El coronel y Evans se habían unido a Travers y Jamie para tratar de sacar del trono a un Doctor que se resistía furiosamente. Sus esfuerzos combinados lo sacaron por fin, y los cinco aterrizaron en un montón en el suelo. Jamie vio que el casco todavía estaba en la cabeza del Doctor y aún estaba conectado a la pirámide. Con una estocada desesperada, rompió el cable de unión y arrancó el casco de la cabeza del Doctor. Impulsándolo con el brazo, Jamie arrojó el pesado casco de metal con toda su fuerza, directamente al corazón brillante de la pirámide.

Hubo un destello blanco brillante. Una explosión sin sonido los arrojó a todos al suelo. Tembloroso, Jamie se levantó y miró a su alrededor. La mayoría de los demás parecían ilesos. Victoria estaba ayudando a Anne a sentarse. Travers, Chorley, Evans y el Coronel luchaban por ponerse de pie. Jamie notó con alivio que los Yeti no se levantarían de nuevo. Yacían tumbados sobre la sala de venta de billetes mientras les salía humo de los agujeros en sus pechos. Supuso que sus esferas de control habían explotado, tal como había sucedido en el Tíbet. Sintió una punzada de dolor por “su” Yeti, el que los había defendido con tanta valentía. Arnold también estaba inmóvil.

Jamie buscó al Doctor y lo encontró de pie junto a la pirámide, literalmente saltando de ira. Cuando Jamie se le acercó, el Doctor dijo furiosamente:

—¿Por qué no pudisteis dejarme en paz?

Todavía desequilibrado por la conmoción, Jamie respondió:

—Espera, Doctor, si no te hubiéramos sacado, ahora serías un montón de polvo.

Jamie señaló un montón de escombros blanquecinos, todo lo que quedaba de la pirámide.

—Te dije que me dejaras en paz —repitió el Doctor con desdén—. Ahora lo has arruinado todo.

El coronel Lethbridge-Stewart, el profesor Travers, Anne y Victoria se habían unido a ellos. Jamie miró enojado al desagradecido Doctor.

—¿Por qué tanto alboroto? Hemos ganado, ¿no?

—No, no lo hemos hecho —gritó el Doctor—. No es una victoria completa.

Lethbridge-Stewart señaló la pirámide destrozada y los Yeti que todavía humeaban.

—Me parece bastante completa.

Al ver las caras felices a su alrededor, el Doctor sacudió la cabeza y sonrió, olvidando su mal humor.

—Perdonadme todos. No teníais que saberlo. Pero es que era un pequeño plan muy espléndido. Me las arreglé para apagar a mi guardia Yeti e invertir la polaridad de ese casco antes de que me trajeran aquí. La Inteligencia no habría drenado mi cerebro, ¡yo habría drenado la Inteligencia! ¡En cambio, fue un cortocircuito gigante!

—Entonces, ¿dónde está la inteligencia ahora? —preguntó Anne— ¿La destruimos?

—Lo dudo. Está de vuelta flotando en el espacio en alguna parte. Todo lo que hicimos fue romper su vínculo con la Tierra. ¡Mirad! —el Doctor volteó el cuerpo de Arnold que estaba boca abajo. Las facciones se habían convertido en una horrible máscara mortuoria. El Doctor suspiró— Pobre tipo.

El Coronel se paró a su lado, mirando el cuerpo.

—Simplemente no lo entiendo. El sargento Arnold era tan valiente, tan leal... Tomó tales riesgos para ayudarnos...

—Cuando la Inteligencia no tenía el control, Arnold era su yo normal —explicó el Doctor—. Desafortunadamente, la Inteligencia podía hacerse cargo de su mente y guiar sus acciones cuando quisiera. Después, Arnold no recordaba lo que había estado haciendo. Sospeché de él cuando escuché que había atravesado la Red ileso.

Harold Chorley se acercó al Doctor. Ahora que el peligro había pasado, estaba recuperando rápidamente su viejo alarde y pompa. De hecho, casi había regresado a su censurable ser.

—Bien hecho, Doctor —dijo fulminantemente—. Un logro espléndido.

—Realmente no —dijo el Doctor—. Me temo que he fallado.

—Tonterías, Doctor. Eres un héroe ¡Te voy a hacer mundialmente famoso! Lo primero será dar una conferencia de prensa...

El Doctor retrocedió:

—¿Por qué no lo hablas con el Coronel? Es muy bueno organizando cosas.

Chorley dijo:

—Buena idea.

Y se fue a molestar a Lethbridge-Stewart. El Doctor se volvió hacia Jamie y Victoria:

—Vamos, vosotros dos, creo que es hora de irnos.

Salieron por una salida lateral y se dirigieron a la línea Piccadilly.

El pequeño grupo allí reunido continuó charlando con entusiasmo.

—Creo que lo menos que merezco es una promoción —estaba diciendo Evans a Anne con optimismo—. Yo mismo podría terminar siendo coronel.

El coronel Lethbridge-Stewart estaba dando una conferencia al profesor Travers:

—Lo que el mundo necesita es una Organización Internacional permanente para hacer frente a este tipo de cosas. Una especie de Fuerza de Inteligencia... Creo que le enviaré al Gobierno un memorando...

Harold Chorley se apresuró:

—Bueno, coronel. Le estaba diciendo al Doctor... —miró al otro lado del pasillo— Se fue. Todos se han ido.

El profesor Travers dijo:

—Me imagino que se van a su TARDIS. Desapareció misteriosamente la última vez que nos vimos.

Chorley resopló. No podía entender a nadie que quisiera *evitar* la publicidad.

—Bueno, sobre este tipo, el Doctor, nunca entendí la historia *completa*. Profesor Travers, usted conoció al Doctor primero, en el Tíbet, creo. ¿Puede contarme todo sobre él?

Travers sacudió la cabeza:

—Sé muy poco sobre el Doctor, Chorley, y no creo que me crea si se lo cuento...

El Doctor y sus amigos habían pasado por Leicester Square, y ahora se estaban acercando al lugar donde habían dejado la TARDIS. Bajo sus pies aplastaron un polvo cristalino, todo lo que quedaba de la Red.

—La niebla también se ha levantado —dijo el Doctor—. Pronto volverán las cosas a la normalidad —cuando la TARDIS apareció a la vista, el Doctor se detuvo de repente—. De hecho, será mejor que nos vayamos de aquí de inmediato —dijo dramáticamente—. ¡Pronto podríamos estar en el peligro más terrible!

Victoria sintió que no podía soportar más emoción:

—Oh, no, Doctor, ¿qué pasa ahora?

—Bueno, tan pronto como puedan, volverán a poner en funcionamiento el Metro. ¡Solo piensa que nos podría atropellar un tren del Metro! ¡Y después de todo lo que hemos pasado, eso sería muy indigno!

El Doctor se apresuró hacia la TARDIS y abrió la puerta. Jamie y Victoria lo siguieron.

—Está loco —dijo Jamie indignado—. Loco, te digo. No sé dónde aterrizará la próxima vez.

Victoria sonrió:

—¡Vamos, Jamie, es hora de irnos!

Siguieron al Doctor a la TARDIS. La puerta se cerró y después de un momento unos extraños silbidos y gemidos llenaron el túnel. Lentamente, la TARDIS se desvaneció. El Doctor y sus dos compañeros estaban listos para comenzar su próxima aventura.